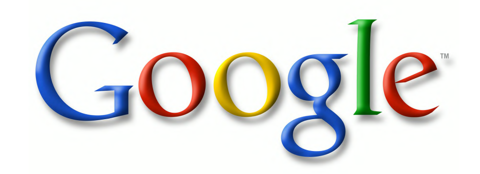
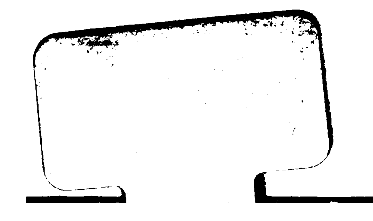




5 Bunt

I. CONCHALÍ-(Daniel Riquelme)

EPISODIOS CHILENOS

LA REVOLUCION

DEL

20 DE ABRIL DE 1851

SANTIAGO DE CHILE
Imprenta de "La Libertad Electoral"
1893

EL 20 DE ABRIL DE 1851

I. CONCHALÍ.-(DANIEL RIQUELME)

EPISODIOS CHILENOS

LA REVOLUCION

DEL

20 DE ABRIL DE 1851

SANTIAGO DE CHILE

renta de "La Libertad Electoral"

1893

LA REVOLUCION

DEL 20 DE ABRIL DE 1851

¡Qué bien se estaba en aquella salita, llena de libros; alumbrada dulcemente por la lámpara de las charlas patriarcales,—la lámpara de aceite; cerca del ancho brasero, cubierto por el secador tradicional!

Aguardábamos una historia i un ponche, i la tetera roncaba al amor de las brasas rosadas.

Afuera la lluvia no debia ser mui fuerte; pero, redoblando en las plantas del segundo patio, parecíanos violento aguacero, i la aprehension de aquella intemperie, aumentaba el placer de ese íntimo bienestar.

Mi querido viejo, retirado ya de los negocios, vivia modestamente en una casita de la calle del Cármen, bajo un toldo de enredaderas i de jaulas, que yo amaba, a la vez, como una celda i un nido.

Era un roble medio inclinado por los años i las tempestades del mundo; pero todavia un le. . . i al amparo de su tronco, enredán-e en él, cual fresca liana, florecia su nieta,

—un rayo de sol sobre aquel paisaje de invierno.

Esta se llamaba Beatriz, i el abuelo don Francisco Sandoval, a quien todo Santiago, desde treinta años atras i hasta hace unos diez, ha conocido en su pequeña Libreria como uno de los comerciantes mas honrados i uno de los hombres mas buenos.

Yo crecí diciéndole Don Panchito i oyendo sus historias.

Beatriz nos sirvió el ponche.

Con el tono de esas tristezas repentinas que atacan a los viejos como puntadas, cuando se sienten queridos, Don Panchito me dijo suspirando:

—Ai, mi amigo! El pobre es como choco rabon: no tiene con qué hacer cariño! . . .

Sin embargo, el ponche era en viejo asoleado de Cauquenes i ostentaba sus torrejas de naranja agria.

¡Al cuento, al cuento!—esclamó bulliciosamente la nieta.

—La historia prometida, don Panchito!

—Ah, sí, sí; pero ¿en qué quedamos? . . .

—En el 20 de abril, señor!

Coqueteando un poco, a la manera de las niñas que van a tocar el piano, el viejo encendió su pipa, costumbre que habia traido de California.

Al fin principió:

I

—Veníamos de un santo. . . Estos detalles no los puedo olvidar porque era el santo de mi novia, la que despues fué la compañera de mis alegrias i trabajos; la abuela de esta pobre chiquilla,—dijo Sandoval, señalando a la jóven.

Esta cosia a la luz de la lámpara. Alzó sus ojos serenos, con la serenidad azul de un cielo de noviembre:

—¿En qué quedamos?—preguntó. ¿Era o nó era el santo de tu novia?

—Bueno,—bueno,—continuó don Panchito; pero ya que desean saber la historia completa, es necesario empezar por el principio, i como si fuera novela.

Digo, pues, que corria la noche del 19 de abril de 1851, última de Semana Santa i víspera de Pascua de *Resurreccion*.—Las ocho o diez bandas de música que habia entónces en Santiago, tocaron en la plazuela de la Moneda la retreta llamada del *Sábado Santo*. En los balcones se distinguian uno a uno, el Presidente Búlnes, el Jeneral Aldunate, García Rees, Tocornal, Don Manuel Montt, i los Mistros Don Antonio Varas, Don Máximo

Mujica, Don Jerónimo Urmeneta, Don Pedro Nolasco Vidal i muchos otros personajes.

No hubo de particular en la retreta mas que los aplausos prodigados con marcada preferencia a la banda del Valdivia, cuyo batallon habíase conquistado las simpatías de todos.—Se oyeron tambien algunos voladores.

Francisco Bilbao me contó despues que Don Manuel Montt, al escuchar esos aplausos, habia dicho al Presidente:

—Esto significa motin.

Pero no hubo tal cosa.—Bilbao, que soñaba despierto, me porfiaba así mismo que en esa noche brillaba la luna llena, siendo que el cielo se mantuvo nublado hasta cerca de las once, hora en que salió una luna amarillenta de otoño, casi en su cuarto menguante.—Díganme ustedes si habré olvidado esto, cuando en aquella retreta daba por primera vez el brazo a la que mui pronto iba a ser mi novia.

Lo único cierto fué que a las doce de la noche, el intendente don Francisco Anjel Ramirez, entró a la Moneda para decir en persona a Búlnes:

—¡No hai novedad!

Santiago en esos instantes de todo tenia aires, ménos de revuelta militar. Las calles se veian llenas de jente; unos que ya celebraban la Pascua o la llevaban en las cabezas; otros que desde ese momento se dirijian a la Alame-

da para ganar buen lugar en la procesion del *Resucitado*, que salia de San Francisco a las tres i media de la mañana; en fin, todos los que volvíamos de la música, i las familias que iban de una casa a otra para «velar la carne», —fiesta casera i popular que consistia en esperar las doce de la noche, i celebrar con una cena la conclusion de los ayunos i comidas de viérnes.

Nosotros nos volvimos a la casa para hacer lo mismo. Don Miguel Urzúa, mi suegro, vivia en la calle de San Pablo, entre las de Teatinos i Peumo.—La familia se componia de dos niñas, Ema, que era la mia, i Mercedes que, aunque casi una chiquilla, de algo servia para compensar a mi amigo Ricardo Beltran el sacrificio de acompañarme noche a noche i amodorrarme a los viejos.—Don Miguel, oficial retirado del ejército, era gobiernista acérrimo; las niñas opositoras decididas,—porque la juventud entera estaba en la oposicion; mas todos en la casa sabian que Beltran i yo pertenecíamos a la Sociedad de la Igualdad.

Al despedirnos oimos la primera seña de la misa i procesion del Resucitado i en un dos por tres nos pusimos de acuerdo para ir todos a salir de la curiosidad de esta fiesta nocturna, —de la cual se contaban tan estrañas cosas.

Llegamos a la plaza por la calle del Puente, la señora, que ya iba entrando en recelos a

causa de la oscuridad,—gritó a la pareja de vanguardia:

—¡Por la acera de la Cárcel!

Al enfrentar los portales de la antigua Cárcel, al lado de la Intendencia, descubrimos que un hombre embozado en su capa, a guisa de galan o conspirador de novela española, se refujiaba en una mancha de sombra; pero, luego, al descubrir mozos i niñas en talle de fiesta, acaso mui plebeyos para él,—salió de su escondite i medio confundiéndose con el grupo que formábamos, como para esquivar el centinela, se escabulló por uno de los arcos, derecho hácia un bulto que, al parecer, dormia sobre una silla a la puerta del Cuarto de Banderas.

Un grueso velon, preso tambien en un farol nublado, alumbraba siniestramente la reja del fondo, que encerraba a los detenidos, i la estrecha i húmeda galería que mediaba entre el muro i los arcos de la calle.

Aquello era la madre Patria, España conquistadora, la Colonia pura con emanaciones de centina, angustias de calabozo i tufo de talaveras.

Por el ruido de la espada, que rodó al suelo junto con el crujir de la silla, presumimos que el durmiente seria el oficial de guardia, i como el encapado dejó ver su kepis frances i el galon

de oro de su pantalon grance, Ema me dijo, creyendo fuera el jefe de servicio:

—Esta le ha tocado al pobre José Antonio Gutierrez del Chacabuco, que está de guardia.

Nada mas natural que esto de que las niñas supieran tales detalles, desde que se habian criado en la Recoleta, donde el Chacabuco ocupaba el cuartel llamado de la *Chimba*, el mismo de ahora.

A pesar de todo, sentí una llamarada de celos.

¡I lo que son las cosas, mi amigo!

Aquel Subteniente Gutierrez fué despues mi compadre, padrino de agua i óleo de uno de los niños de la niña que en aquel instante me daba el brazo i tan mal rato.

Gutierrez alcanzó hasta el grado de coronel i en la última campaña al Perú mandó el 3.º de línea.

Iba a caer en la niñeria de dar rienda suelta a mis enojos, a pesar de la inocencia de ese conocimiento, cuando Mercedes que iba adelante con Beltran, volvióse para decirnos misteriosamente:

—El coronel Urriola!

Volví a sentir otra llamarada, pero esta vez en la cabeza.—Un mundo oscuro que flotaba desde algunos dias delante de mis ojos, iluminóse de súbito, al resplandor de una centella.

—El coronel Urriola!...

—Qué sabes tú!—contestó mi suegra en el tono con que hubiera dicho: los chicos no deben meterse en las cosas de los grandes.

Pero Mercedes, con la indiscrecion porfiada de los niños que están ciertos de saber algo de los grandes,

—Como nó,—insistió, desde que voi a coser a casa de la Señorita Clarisa, lo he visto mil veces.—I lleva la espada desnuda bajo la capa, i en Santiago, ¿quién otro usa esas patillas como fiador?

Seguimos andando,—Beltran i yo callados como dos muertos.

La calle del Estado representaba una boca de lobo.—Solo en el zaguan de la casa de Doña Rosa Carrera viuda de Aldunate, divisábase una luz i se advertian trajines.—En esa casa vivió hace pocos años Don Eleodoro Gormaz, de la familia de Carrera, i ahora la ocupa un señor Donnay con hotel.

—Vaya,—advirtieron de pronto las niñas, que se les ha entrado la lengua.

Ricardo me tiró del gaban.—Era tiempo, no podia mas.

—¿Quieren ustedes que nos volvamos? pregunté.

Los presentimientos i zozobras eran tales en aquellos dias; la inminencia de algo tremendo, que debia estallar de un rato a otro, palpitaba de tal modo en el ambiente; viviase

tan sobre la pólvora de una mina misteriosa, escondida sin saberse dónde ni cómo, que el solo nombre de Urriola i la decoracion de Campo Santo que ofrecia la ciudad,—cojieron de miedo a la familia.

—I al último,—advirtió Don Miguel, cubriendo la retirada,—esta procesion que ha vuelto a resucitar Pedro Palazuelos no es mas que para jente del pueblo...

Deshicimos el camino andado. Cruzando de nuevo la casa de la señora Carrera, la puerta se abrió sin precaucion alguna i dos jóvenes salieron a la calle: uno que se restregaba los ojos como quien viene de dormir, i el otro radiante i despejado.

Los conocí en el acto, i acercándome a don Miguel, le pregunté:

—¿Conoce usted esos pájaros?

—No veo bien.

—El primero es Don José Miguel Carrera i el otro, el mas alegre, Don Benjamin Vicuña Mackenna.

Conocíalos como a mis manos, principalmente a Don Benjamin, pues mediante sus dilijencias mi padre habia obtenido para mi una beca en el Instituto Nacional, i despues un empleillo en el Club de la Patagua, que me permitió llegar hasta el segundo año de medicina. Desde esa edad, Vicuña era un San Vicente de Paul para la juventud abandonada a

las inclemencias de la vida social de Santiago.

Con semejante noticia, los viejos apresuraron el paso en el Portal de Sierra Bella; desfilamos por la Compañía i torcimos por la calle de Morandé, tomando la acera de los Llonas, para evitar al centinela del batallon Valdivia; porque donde hoi está el pórtico del Senado, ahí eran ántes las cocinas del Claustro Máximo de los Jesuitas: un porton verde que cerraba un largo pasadizo, a modo de conventillo. En tiempo del Instituto, aquello siguió sirviendo de cocina, hasta que fué convertido en cuartel, mediante una mano de blanqueo.

De repente, sentí en mi brazo estremecerse el brazo de Ema i estrechándose contra el muro,

—El de la capa!—nos dijo, i su corazoncito temblaba como el de una tórtola aprisionada en la mano.

Nos amparamos en el hueco de la puerta cochera de la casa de Llona, esperando abrieran la del Cuartel i el desconocido entrara, para poder seguir nuestro camino, que ya iba pareciendo vía-crucis.

—Qué locura!—murmuró mi suegra.—Por esto yo no queria venir. . .

El encapado golpeó discretamente a la rejilla del porton.

—¿Quién vive?—gritó el centinela a toda voz.

—¡San Pedro!—contestó el desconocido.

Era el *Santo* militar de la plaza en esa noche, porque a poco, oyéronse pasos, ruido de llaves i el porton entreabrióse recatadamente.

—Soi el Coronel Urriola!—dijo entónces el de la capa, volteando rumbosamente su embozo.

—Pantoja, señor!—respondió una voz terca, pero serena.

A la luz de un farolillo, vimos dibujarse en la pared la silueta de un hombre, el que estaba adentro, que se inclinaba respetuosamente al paso del que estaba afuera.

I la puerta tornó a cerrarse.

A la vera de las sombras, como perdices por entre el trigo, echamos a correr hácia la calle de San Pablo.—Aquellas tres cuadras i media nos parecieron leguas; las niñas llegaron sin aliento i los pobres viejos unos diez minutos despues.

No se divisaba un solo farol en las esquinas; porque el aceite de las lámparas, apostadas de cuadra en cuadra, en las calles derechas, apénas si alcanzaba para que dieran su última boqueada entre nueve i diez de la noche.—En esto no hemos ganado mucho que digamos.

I en el seno de esas tinieblas, sembradas de bultos agazapados que remedaban ánimas o drones en acecho, oíanse crujidos de huesos hasquidos de lenguas que lamian.

—Jesus!—esclamó Beatriz, dejando su costura.

—Hija mia—continuó don Panchito—así era Santiago en aquellas edades. Bascuñan Guerrero no habia aun quitado las acequias del medio de la calle i por ahí corrian las aguas del servicio de la ciudad.

—Pero, ¿qué eran esas ánimas i bultos?

—Con permiso de ustedes—contestó el anciano: a veces eran viejas traperas que, como se ve hoi mismo, escarbaban el cieno i los desperdicios de las casas; pero, por lo comun, no pasaban de ser perros que devoraban a otros perros i gatos, arrojados al arroyo; porque han de saber que por entónces todavía solian botar a la calle los colchones de los *calenturientos*, i de las iglesias hasta los retazos de mortaja de los muertos que trasvasijaban... te diré, de una sepultura a otra, cuando estaban mui llenas.

I sigo con mi historia.

Mi suegro, hombre de una pieza, sincero i honrado a carta cabal, vivia en una estrecha medianía, tras de haber gozado de ciertos bienes de fortuna. Dejólo en la calle, con su pension de retiro únicamente, viejo i cansado, una fianza a un amigo, en aquellos tiempos en que se veia pasar en carretela a los deudores para la Cárcel, «preso por deudas», como se decia.- Por esto sus hijas trabajaban heróicamente, (

la mañana a la noche, en algunas casas de copete, donde conocian su desgracia i sus virtudes.

Con su voz mas grave, mi suegro nos dijo al llegar:

—Amigo, este no es el caso aquel en que siempre se dice: «¿I que ustedes nó entran?» Ahora la *política*, (i acentuó la palabra) exije que ustedes se queden aquí. Una noche de cualquier modo se entera. No me parece prudente...

—Una imprudencia!—intercaló mi suegra.

—... que ustedes vuelvan a esas oscuridades que tan sospechosas hemos visto. No sé lo que pueda ocurrir; pero las catástrofes tienen siempre como una vibracion anticipada que las denuncia i yo siento esas vibraciones. Hai en el aire la tension de lo inminente.

Estas retóricas las sacaba mi suegro de Eusebio Lillo, que habia redactado EL AMIGO DEL PUEBLO i en seguida LA BARRA, i cuyos versos aleteaban entónces en los oidos de todas las niñas, aun de las peluconas.

Perdíamos un tiempo precioso; pero no habia como salir decorosamente del paso.

Mi suegra, con la persuacion d'screta de las madres que están en el secreto de las hijas, añadió sus instancias para que nos quedáramos.

—Esto va a ser revolucion!—nos decia. El uaso Urriola está contra Búlnes i cuenta de

seguro con el Chacabuco; porque Videla Guzman, que lo manda, si fuera su hijo, no lo respetaria mas.—Esto lo he visto con mis ojos en casa de Urriola i se lo he oido muchas veces a su esposa, Doña Cármen Valdivieso... Urriola lo ha criado.

Ema, que se habia mantenido apoyada en la pared, oculta en la sombra, sin decir palabra, cortó, al fin, aquella charla.

—Adios! Felicidad!—nos dijo alargándonos sucesivamente su blanca mano, casi helada; pero sin darnos la cara.

Cerróse la puerta: volvíme en silencio i como un niño, besé sus maderos. Ella quedaba ahí muda i hermosa, cual un sueño i una esfinje.—Me hubiera echado a llorar sobre aquel umbral sin corazon; pero Beltran que no tenia motivos para los estremos mios, me sacudió rudamente.

—Ha llegado la hora, Francisco; el deber nos llama: ¿Somos o no somos? O mas bien, ¿eres o no eres?; pues por mi parte resuelto estoi a cumplir lo que he prometido. Lo juro!

I aquel noble mozo alzó su mano hácia el cielo azul.

Me dió un cigarro, despues un abrazo i al oido me cantó estas palabras que me devolvieron la vida i el juicio:

—No seas tonto!... Te ama, pero solo te lo confesará esta tarde... si vivimos. Que no

la conoces? Que no conoces el alma de esta mujer chilena que adora ante todo el valor del hombre? Un cobarde puede darse por muerto en el corazon de la mujer que mas lo quiera, amante o amiga; el valiente puede despertar una súbita pasion sobre la mas cruel indiferencia.—Robespier...

Cortando el discurso de mi amigo, a mi turno estendí la diestra, no para el cielo azul, sino en direccion de la puerta cerrada.

—Muerto por la Patria o sin mancha para tí! —esclamé trájicamente, me acuerdo mui bien, no sin esperanzas de que ella pudiera oirme.

En esa época todos vivíamos en la atmósfera heróica creada a orillas de este manso Mapocho por los *Jirondinos* de Lamartine, libro que se vendia como pan caliente, a seis onzas de oro. ¡Cómo seria la cosa!

I para acabarnos de rematar en lo lírico i dramático, poco tiempo hacia que la Rossi, Zambaitti i la Pantanelli nos habian dado a conocer la *Lucía* i otras óperas igualmente mui recargadas de romanticismo, de modo que en dolencias de amor, los jóvenes todo lo hacian a la Edgardo i las niñas a lo Lamermoor. Usaban batas blancas de talles interminables i el pelo en bandoes i tirabuzones. La pechera lisa de las monjas, a la inglesa, era el ideal...

bebian vinagre i por la noche se ponian ereno.

II

Saltando altos i bajos por aquellas callejas, corrimos hácia el Cuartel del Valdivia. Pero la puerta estaba como habia quedado la de mi cruel amor.

Cerrada i muda!

Volvimos entónces por la de la Catedral; llegando a la Plaza, divisamos en la oscuridad una sierpe negra, larga, inmensa, que avanzaba a brincos.

—El Valdivia!—soplónos el aliento de un bulto.

En efecto, en formacion por hileras, los cuatrocientos hombres del Valdivia precipitábanse por las gradas de la Catedral, cortando la Plaza diagonalmente.

Eran las dos i media de la mañana, en punto.

A la altura de la calle de la Merced, contramarchó el batallon por el flanco izquierdo, formando en batalla con frente a la cordillera.

Era tal la disciplina del Valdivia, tan adiestrados sus rotos en la jimnasia militar de un ... erpo formado especialmente para las manio... as de la infantería lijera, que sin que se oye-

ran toques de corneta ni órdenes de mando, se ejecutó todo eso en ménos que canta un gallo, i acto contínuo, la Compañía de Tiradores, desprendiéndose a paso de trote, atascó las boca-calles de la Merced i del Estado, al propio tiempo que la de Carabineros cubria las de Monjitas i Neveria, al mismo compas.

En ese momento, oimos grandes voces que resonaban en el Portal de Sierra Bella; volamos a imponernos de lo que ocurria, junto con algunos fantasmas que surjian misteriosamente de los rincones oscuros, aquí i allá; pronto reconocimos a Manuel Recabárren i a Francisco Bilbao que bajaban de los altos del Portal, en una de cuyas piezas habian pasado la noche, i que a toda boca comunicaban a Vicuña i a Carrera que el heróico Valdivia cumplia su palabra.

Se adivinaban en la oscuridad i todo se volvia abrazos i apretones de mano.

—¿Ud?...

—¿Tú?...

—¡¡Nosotros...!!

—¡Viva el Valdivia!

—¡Viva Urriola...!

No sé por qué no me hizo mui buen efecto aquella alegría tan bulliciosa. Mi fantasía revolucionaria habria preferido revestir esos momentos de la solenmidad que debe precede un duelo a muerte. ¿Acaso no íbamos a bat

nos? Luego los veteranos del Valdivia, alarmados al principio por el alboroto, volvieron a sus puestos con visible fastidio.

Llamé aparte a Beltran para comunicarle érame indispensable ir a ver que mi tia no saliera al alba a su misa de Santo Domingo.

—Debes hacerlo—me contestó;—yo cubriré tu ausencia.

Mas no me habria apartado unos cien metros cuando resonó un disparo i oí que Beltran me llamaba.

—¡Francisco, Francisco!

Regresé a toda prisa.

—Venga Ud!—decian unos.

—Señor cirujano!—me gritaban otros, ascendiéndome ántes de la batalla.

Sin poder darme cuenta de lo que ocurria, penetré por entre una masa de jente que se arremolinaba a pocos pasos de la esquina.

Era la primera sangre de aquella triste i sangrienta jornada!...

Habia ocurrido que el sereno de punto en la calle del Estado, al ver aquel despliegue sospechoso de tropas, dióse a dar la alarma con su pito.

Como fueran inútiles todas las súplicas i amenazas, cinco o seis paisanos se le fueron encima i lo derribaron al suelo, sin el menor propósito de hacerle ningun daño.

Entre los que lo contenian estaba Vicuña

Mackenna; pero el sereno, tan empecinado como valiente, debatiéndose en las piedras, continuaba dando gritos.

En esto estaban cuando se oyó ese disparo i al través de aquel nudo de piernas i manos, brilló el fogonazo.

Dicen unos que un cruel sarjento del Valdivia, cansado de la porfia, se destacó de las filas; otros, que uno de los artesanos que andaban allí fantaseando, disparó ese tiro: ello es que el pobre policial fué atravesado por un balazo a boca de jarro, i que cuando yo llegué casi espiraba en brazos del mismo Urriola.

Trasladamos al infeliz a la botica de los hermanos Barrios, situada en su històrico local de hoi dia, i allí le hicimos la primera curacion, aunque no tenia remedio.

Dijo llamarse Espinosa.

El Coronel Urriola, con una rodilla en tierra, profundamente emocionado, le sostenia la cabeza, i con palabras cariñosas, trataba de consolar su desesperacion.

La escasa luz de unas velas reflejábase en la medalla i bordados del uniforme de parada del Coronel, en elocuente contraste con la cotona vieja i ensangrentada del humilde soldado.

Luego comenzó la agonía.

Se le dió un cordial. Pareció volver en sí, i clavando los ojos en la hermosa i enternecida faz del arrogante caudillo:

—Mi Coronel, ¿por qué me han muerto—preguntó—cuando yo fuí soldado del Portales?

Urriola habia comandado ese batallon en la campaña al Perú i el oscuro veterano no comprendia cómo lo mataban sus compañeros, cuando cumplia el deber aprendido en las filas.

—Nosotros, señor—continuó el moribundo con el hipo de la muerte—no sabemos quien gobierna; ahora es nuestro Jeneral Búlnes... pero nosotros servimos a la Patria... obedecemos a quien nos manda... i yo, mi Coronel,... era mandado.

Siguió un silencio profundo a estas palabras que me sonaron a mí como el testamento de un espartano caido sobre su escudo i su consigna.

Urriola, por su parte, quedóse cual si delirando en pesadilla, hubiera sentido que uno de los veteranos muertos en Rancagua o en Yungai, alzándose de su tumba, le tiraba a la cara su uniforme convertido en mortaja.

Como algunos se empeñaban en limpiarle la casaca, salpicada, Vicuña Mackenna, mordiéndose el bigote, empapado en llanto, nos dijo al salir:

—Esta sangre inocente, derramada sin objeto, no cae sobre la ropa de Urriola, sino sobre su corazon.

Pude, al cabo, tomar el camino de mi casa,

situada en la calle del Sauce, a media cuadra de la de Huérfanos.

Llevaba el alma pesada de lágrimas. El triunfo mismo me pareció, desde ese instante, ya ménos digno i hermoso.

—¿Por qué—me dije—mueren los de abajo en estas querellas de nosotros los de arriba!... Seguia en estas amargas reflexiones, cuando al acercarme a la casa de Don Antonio Varas, noté que el policial del punto—un muchacho mui intelijente, a quien conocia de léjos, porque todas las noches estaba en esa cuadra, invariablemente,—golpeaba la ventana del Ministro.

No entendí lo que hablaron; pero no habrian trascurrido diez minutos, cuando salió el señor Varas con zapatillas, capa española i gorro, seguido tan solo del fiel guardian.

Doblaron para la Moneda.—Nada era mas fácil que seguirlos i estimé de mi deber hacerlo.

Don Antonio jesticulaba nerviosamente, hablando a solas; pero aquel histórico monólogo, verdadera introduccion a la parte oficial del gran drama que se hilaba en las tinieblas, lo escuchó únicamente el sereno.

No estaba todavía en la Plazuela la estátua con que han infamado la figura de Portales; pero habia árboles, como ahora, que me permitieron guerrillear a mi antojo.

Don Antonio, cuyos pasos no se oian, llegó hasta la puerta de Granaderos ántes de que lo sintiera el centinela, i sin contestar al soñoliento i retardado ¿quién vive?, ordenó despertar al Coronel Pantoja, tio del otro,—i con un tono, mi amigo, que el roto no vaciló.

Luego apareció Pantoja, arreglándose con una mano el kepis i con la otra el sable.

—¿Quién está de guardia?—preguntó Varas.

—Él capitan don Manuel Baquedano,—respondió el Coronel.

Tenia con esto lo suficiente para llevar a la Plaza la noticia de que el Gobierno quedaba prevenido del levantamiento; pero no resistí a la tentacion de ver lo que iba a seguir a aquella alta conferencia en paños menores.

Varas dió al oficial de guardia la órden de despertar al Presidente; Baquedano se quedó pensando, hízose repetir lo mandado; al fin echó a andar escala arriba.

Para que Baquedano se resolviera a golpear la puerta del cuarto en que dormia Búlnes, era preciso que llevara en la mano la piedra de una revolucion.

A los pocos minutos, los Ayudantes de Campo del Jeneral salian riéndose en busca de sus caballos.

—Qué dijo?—preguntaban algunos.

—Él Jeneral estaba durmiendo—contestaın aquellos; a Baquedano no le podia entender;

pero a las primeras palabras de don Antonio, saltó de la cama i sin escuchar mas, llamó a Salgado.

—¡El tordillo negro, Salgado!—gritó con su voz de trueno.

El asistente Salgado era la sombra del Jeneral i el tordillo negro su caballo de combate.

I aquellos pormenores debian hacer en la tropa el efecto de aguardiente con pólvora, porque los vivas i las risotadas crecian en el cuartel.

Ví, entónces, mui claro que habíamos perdido lastimosamente la ventaja de una sorpresa segura.

Media hora ántes, en profundo sueño dormian la Moneda i su Cuartel. El Valdivia habria podido llegar, como el Ministro Varas, a despertar a los dos. Ahora quedaba Búlnes en pié, buscando sus arreos de Yungai, i, espada en mano, su escolta de leones, fieles hasta la muerte a su antiguo i glorioso alférez.

I tan desprevenido estaba Búlnes, que junto a su cama dormia esa noche su hijo Manuel, a quien desde esa edad ya vestian de soldado de granaderos.

En fin, mi amigo, daban las cuatro en el reloj de Santa Ana, cuando logré despertar a mi tía que roncaba a toda máquina.

—¿Qué pasa?—me preguntó sobresaltada.

—Parece que en la Plaza hai jente i convendria que usted no saliera.

—Así debe ser, niño, porque no he podido conciliar el sueño con los trajines i golpes de la calle.

Tranquilo por esta parte, regresé a la Plaza.

III

Comenzaba a correr ese frio penetrante que precede a la salida del sol.

El Valdivia seguia formado donde mismo lo dejara, destacándose en la noche como una cerca impenetrable i profunda.

Busqué a Beltran, referíle lo que habia visto i juntos nos dirijimos en busca de nuestro jefe.

El Coronel, la espada bajo el brazo, paseábase delante del batallon. Olvidado de la sangre pasada, me pareció orgulloso i feliz del éxito obtenido; porque la verdad era que, dado lo que él tenia en su presupuesto, segun supimos despues, hasta ese minuto la fortuna estaba de su parte.

Pero; ai! que la fortuna es mujer!

—Gracias, abuelo!—contestó Beatriz.

—Digo, mujer variable!—añadió el viejo.

Por lo demas, no se dió grande importancia a mis noticias, i no ocupándose nadie de nosotros, nos fuimos a sentar en las gradas de la iglesia.

Allí me refirió Beltran el principio de las

s.

Mercedes habia tenido razon: el encapotado que viéramos en la puerta de la Cárcel, era en efecto Urriola, que solo su alma, vistiendo su elegante uniforme de infantería francesa, que estrenó en el Chacabuco, habia salido de su casa —ese gran caseron, palacio i fortaleza de piedra, que su suegro don Francisco Valdivieso i Gormaz habia edificado en la esquina de las Monjitas i de la misma Plaza.

Urriola que era zorro viejo en achaques revolucionarios, bien visto debia tener que no le era dable pasar por delante de la Cárcel en busca del Valdivia, dejando a retaguardia un piquete de tropa veterana, que a la vuelta habríale de hacer fuego hasta morir, sin saber de qué se trataba.

Tambien debia saber que mi compadre Gutierrez mandaba esa guardia.—Gutierrez era del Chacabuco, batallon que Urriola habia formado con el mayor esmero.—Oficiales i tropa, todos lo adoraban, i, contando con esto, se lanzó a despertarlo, a tiempo que nosotros pasábamos.—Gutierrez, al oir que su antiguo jefe encabezaba un movimiento i reclamaba su concurso, embarcóse con él como en la barca de César, i embarcó ademas a los treinta i dos soldados que componian el piquete, de sarjento a tambor.

Allanado este tropiezo del camino, Urrio se dirijió al Cuartel del Valdivia, pasando por

puerta del número 3 de Guardias Nacionales, al lado abajo del Museo Nacional, que ocupaba entónces la esquina de Catedral i Bandera. —Ambos cuarteles deslindaban por el fondo, cerrándose el paso con una puerta i una herradura.

Luego que Urriola se vió en la Mayoría, preguntó a Pantoja:

—I la tropa?

—Duerme en sus cuadras.

—I los oficiales?

—Unos pocos están en sus piezas i los otros no vendrán hasta mañana.

Urriola quedó solo mientras Pantoja fué a despertar a los soldados, contando con el apoyo de siete u ocho sarjentos que se habia ganado en las diversas compañías.—El principal de todos era Juan de Dios Fuentes i en seguida un tal Arístegui, que despues se empapó de sangre, en Magallánes, como segundo de Cambiaso.

Como decia el Capitan Pantoja, la mayor parte de los oficiales estaba ausente,—licencia inconcebible en tales circunstancias i causa principal del levantamiento del Valdivia. El Comandante Sepúlveda que lo mandaba en jefe, se encontraba en Nacimiento; Unzueta que hacia sus veces, cuidaba a su mujer enferma, corriendo las alegrías de la Pascua, andaban Capitanes Mauricio Barbosa, Miguel Sali-

nas i siete u ocho oficiales subalternos; por manera que solo habia que temer la presencia del capitan Florentino Torres i de Basilio Urrutia; habiendo velado hasta tarde, inquietos i recelosos, habian concluido por encerrarse a dormir a puertas cerradas.

Por manera que al apoderarse del Valdivia, Urriola i Pantoja, a cinco cuadras de la Moneda, no contaban con mas apoyo que esos sarjentos, i en oficiales con los tenientes Juan Herrera i José Nicolas Huerta i el subteniente José Maria Carrillo.

Al rumor de los soldados que salian al patio, se presentó el capitan Torres, que era arjentino, preguntando lo que ocurria; por toda respuesta se le obligó a volver a su dormitorio, echándole llave por fuera, con uno de los candados que el sarjento Fuentes habia adquirido previendo la necesidad.

Todo marchaba a las mil maravillas; la tropa seguia a sus sarjentos i éstos a Pantoja sin preguntar razones; en el mayor silencio cargaron las armas, recibiendo ademas diez tiros cada soldado. Urriola desaprobó esta medida, declarando que todo se haria sin quemar un cartucho; pues no se trataba de una revolucion, sino de intimar con la parada al Gobierno. No se derramaria una sola gota de sangre.

En esto se oyó un disparo. Fuentes habi desarrajado a quema ropa, por fortuna sin he

rirlo, un pistoletazo sobre el sarjento de la Compañia de Tiradores, José Ramon Henriquez, a quien sorprendió incitando a la tropa a no sublevarse.

Henriquez fué llevado al calabozo con una barra de grillos; pero ántes de salir del Cuartel, se le permitió agregarse a sus compañeros, a instancias del teniente Huerta, que respondió por él. Terminados los preparativos, Pantoja dió a reconocer como jefe al Coronel Urriola.

Con su voz de veterano, acentuada i metálica, dió éste las órdenes de marcha i el batallon salió a la calle, dejando en la mayoría veinticuatro mil pesos oro, que el capitan don Miguel Salinas entregó en ese mismo dia en la Moneda.

Mui de otro estilo, mi amigo, a lo que hicieron los oficiales del rejimiento Maipo en Quillota, en el motin contra Portales...

En Quillota, lo primero fué apuntarle a la caja del Cuerpo i despues a la del Ministro, en el cerro del Baron!...

De modo, don Panchito...le pregunté yo —que los jefes del Valdivia se quedaron sin barruntar lo ocurrido?

—Así sucedió en el primer instante—me contestó—Urriola fuése creyendo que la fortuna estaba de su parte i que todo quedaba hecho con sacar el Valdivia a la Plaza; pero tras de sus mismas espaldas la mano negra del

destino le tejia de prisa la tela de su propia mortaja.

En tanto que Urriola esperaba en la Mayoría i Pantoja despertaba a la tropa, llegó a la puerta del Cuartel el Capitan don Rafael Fierro, a quien acababa de morírsele un tio.

Fierro llamó al Sarjento de guardia; pero como éste le negara la entrada, el Capitan, sin sospechar lo que ocurria adentro, se dirijió tranquilamente a la pieza del Ayudante Cabezas, que tenia puerta a la calle. Teniendo que ir al Cementerio en la misma mañana, se echó vestido sobre el lecho, i desde allí, a oscuras, cuando cerraba los ojos, creyendo soñar, vió el misterioso desfile de su misma compañia i de todo el batallon.

Voló adonde Unzueta, cuya mujer estaba de parto, i volviendo ámbos al Cuartel, libertaron a los encerrados i sacudieron a los dormidos, celebrando entre todos una junta avergonzada de guerra i de caras largas.

Habíanles robado el Cuerpo!

¿Qué cuento contarle a Búlnes?

IV

La oscuridad prometia todavía mucha noche; pero, visiblemente, el tiempo se perdia sin hacer nada de provecho, i como Ud. sabe, las revoluciones que no marchan al trote de calacuerda, se suicidan o convierten en guerras civiles.

Todos los conjurados, que en total eran once únicamente, estaban ya en la Plaza.

Vicuña, desde temprano, habia ido a despertar a Pedro Ugarte, el famoso juez del crímen, a quien encontró afeitándose, i pronto salió como para una cita afortunada, a despecho de la dolencia que le roia el estómago.

Ugarte era todo un hombre.

Tras de los conspiradores, seguian llegando centenares de curiosos, en gran parte sirvientes de casas que iban al Mercado, i en cuanto se imponian de la novedad, desaparecian a repartirla, trayendo otros nuevos.

El pueblo miraba con simpatías ese aparato de combate; pero desde léjos, sin mezclarse en nada, salvo unos ciento o ciento cincuenta artesanos, encabezados por Juan Pirula i otros, que pertenecian a la causa.

Pirula era un negro repartidor de zapatos de la botería de Morales; no recuerdo su nombre verdadero; pero a la historia ha pasado con el de Pirula, como podrian haberle dicho a él i a algunos otros—Parola.

En distintos puntos, se alzaban oradores que arengaban a esa muchedumbre socarrona; Beltran i yo caimos en el mismo pecado, aunque sin fruto alguno.

Recuerdo, como si lo estuviera viendo, a un jóven que llegó armado con una escopeta,—una figura de las barricadas de Lamartine.

A su vez tomó la palabra, diciendo que iba a derramar su sangre por la libertad i los santos derechos del pueblo oprimido.

—¡De vosotros!—concluyó el jóven, estendiendo los brazos hácia la turba.

—¿Qué negocio irá a hacer este *futre?*—gritó un roto,—i esta pedrada anónima mató al orador.

Nosotros nos apartamos tambien.

Se habia contado, a lo que parece, con que a esa hora los grandes personajes del partido liberal ya estarian al lado de Urriola.

Parece tambien que no se le vió la cara a ninguno... En cambio, comenzó a llegar un elemento que no figuraba en el programa oficial: el *pililo*,—alegre i flotante como sus hilachas, despertado allá en sus lejanas rancherías por el rumor del rio revuelto.

Mui acortado al principio, luego entraba en confianza, i viendo que se hablaba de *pelea*, no preguntaban por qué ni contra a quien, sino que pedian armas i... plata para *trabajar* a gusto.

Esto hacia reir en medio de cierto fastidio indefinible que iba estendiéndose sobre todos los ánimos, cual una niebla llorosa.

—¡Van a llegar refuerzos!—circulaban varias voces.

Inquiriendo de éste i del otro, logramos averiguar que Vicuña Mackenna, nombrado Ayudante de Campo por Urriola, habia sido enviado a la Penitenciaria a traer el destacamento del Valdivia que mandaba Benjamin Videla.

Vicuña saltó sobre el primer caballo que encontró a mano, i rompiendo tinieblas i cruzando los pantanos de las últimas lluvias, al cabo de una hora entraba con el destacamento a la Plaza, al son de las cajas i en medio de universales aplausos.

Entónces todos los ojos se volvieron al Chacabuco, al cual se esperaba de un instante a otro, partiendo de la base de las relaciones que mediaban entre Urriola i el Comandante Videla Guzman. Se daba por hecho que éste seria el segundo de aquél.

Del reten de la Cárcel, Urriola pidió un ldado de confianza, i sacando del pecho un

pliego escrito, envióle al capitan Gonzalez, de guardia esa noche en el Cuartel del Chacabuco.

—A Gonzalez! — murmuraron algunos, asombrados.

Luego vimos con gusto que mediante la enérjica i activa intervencion de Ugarte, se tomaron, una tras otra, diferentes medidas.

V

Francisco Bilbao era de hecho el Jeneral en Jefe de los cinco mil *Igualitarios*, que habia prometido llevar al combate a la primera seña que le hicieran; un grupo de estas milicias medio sacerdotales, que se reunia en la calle de Morandé, tenia desde temprano la órden de tomarse el Cuartel Cívico del número 3; penetrando por los claustros del Valdivia, en cuanto éste saliera. Negocio de pocos momentos, echando abajo una puertecilla i sorprendiendo a la guardia dormida; pero los tales *Igualitarios*, en vez de cumplir lo mandado, se vinieron en pos del batallon, a gallear a la Plaza.

Bilbao dió cuenta de este hecho a tiempo que otros avisaron que el reten se habia atrincherado en las puertas i ventanas del Cuartel. Para tomarlo ahora, era, pues, preciso un asalto, i Urriola no queria combate; pero Carrera lo decidió a enviar una avanzada que le intimara rendicion.

Se envió al efecto, al Teniente Herrera del ldivia con catorce soldados i el sarjento Laiz.

Advirtiendo Carrera que la tropa era poca, detuvo al piquete en las gradas de la Catedral i fué a pedir refuerzos.

Herrera, a su vez, se apartó algun trecho. —El 1.° Lainez, aprovechando esta circunstancia, preguntó a los soldados:

—A quién obedecen, compañeros?

—A usted, mi Sarjento!—contestaron éstos.

I el piquete, desviando su rumbo, siguió a su primero. Herrera, sospechando lo que pasaba, se lanzó sobre el cabecilla.

—Párate, traidor!—gritó.

— No se acerque, mi Teniente, —replicó Lainez,—porque lo mato.

Herrera, ciego de ira, levantó la espada con empuje de partirlo; Lainez, entónces, disparó su fusil por debajo del brazo alzado, matando instantáneamente a aquel bravo i gallardo mozo a quien Búlnes en Matucana habíale cambiado su jineta por una charretera.

I sin detenerse, los quince Valdivias llegaron a la Moneda.

Esto nos conmovió profundamente. No hubo mas que un grito para acusar a Lainez de traidor i de asesino; pero hoi que miro las cosas con la serenidad del tiempo, veo que aquello fué solo un duelo de hombre a hombre, en momentos en que la revuelta habia de hecho suspendido los fueros i los grados. Por lo demas, ese Sarjento no habia prometido nada, ni nadie

le habia pedido nada. Sin embargo, me dicen que Lainez murió despues de pena.

Para restablecer los ánimos, contristados por ese triste lance, Bilbao marchó *Allons enfants* con una banda de sus lejionarios a cumplir la mision del infortunado Herrera; pero a una descarga de los cívicos, huyeron los lejionarios, dejando herido a Manuel Lucares.

Como, al parecer, lo único que salia bien era aquello que Urriola hacia en persona, el Coronel se dirijió al batallon número 6 de cívicos, llamados los Bomberos, por el único motivo de que desde los tiempos de Freire tenian una dotacion de cien valdes de lona para incendios i mas tarde un bombin. Mandaba el 6.° don Cucho Prieto.

Para que ustedes se vayan enterando, diréles que el Cuartel del 6.° estaba en la misma Plaza, en el PalacioViejo, ahora Casa de Correos, i en todo ese tiempo no se habia pensado en ocuparlo. El oficial del reten, que tambien era del Chacabuco, quiso resistir, empeñándose en cerrar la puerta; pero le faltó valor contra su antiguo jefe. Ahí se armaron algunos de los nuestros.

VI

A todo esto, hacia ya tres horas que el Valdivia aguardaba una órden, que esperaba hacer algo.—Objetos de la curiosidad de todos; testigos de las vacilaciones, idas i venidas de los caudillos; cansados de discursos i bravatas, aquellos veteranos se miraban unos a otros, haciendo posturas de cansancio.

I como nadie preguntaba aquello de ¿comió la jente?—ellos tampoco decian nada.

Ví en ese momento a Urriola, i me hizo el efecto de una águila con las alas mojadas.—No daba muestras de oir lo que le decian, tanta era su reconcentrada preocupacion.—Cual si hablara en sueños, a cada instante repetía:

—I el Chacabuco?

I en el cielo de nuestras ilusiones, la cándida esperanza de este poderoso i seguro concurso, comenzaba a trocarse en una X de oscuras nubes.

En pos del soldado que llevó el mensaje escrito de Urriola al Capitan Gonzalez, se habian sucesivamente enviado al Cuartel del Chacabu- al sastre Neri i a José Stuardo que aca- ›a de ser libertado, junto con Francisco Pe-

dro Aldunate, de la prision cercana donde pagaban las culpas de la infantil conspiracion de «*los cartuchos*».—Stuardo logró hablar con Gonzalez, i a fin de decidirlo, juróle por lo mas sagrado que en la Plaza tenian cañones, que acompañaban a Urriola i al Valdivia cinco mil hombres del pueblo,—la lejion apocalíptica que habia prometido Bilbao.—Stuardo volvió al campamento, diciendo que no habia obtenido de Gonzalez mas que respuestas evasivas, lo cual fué para Urriola una contrariedad que lo aturdió; pues le sobraban motivos para contar con Gonzalez: lo habia comprado en onzas de oro, entregadas esa misma noche.

—Pero, ¿i Videla Guzman?—preguntamos casi a un tiempo, Beatriz i yo.

—Urriola no le habia hablado una sola palabra, segun supimos en ese mismo dia; contaba únicamente con que Videla, al imponerse del movimiento, iria a juntársele con su batallon.—Por esto, no *trabajó* sino a Gonzalez—Algunos preguntaban en alta voz que por qué Urriola no iba solo o con el Valdivia a traer por bien o por mal al Chacabuco.—¿Quién del Chacabuco levantaria su fusil contra él?

En esto ocurrió otra escena que si hubiera sido aguacero, no habria mojado mas las plumas de nuestra fantasia.

Era la mas negra.—Diréles que así como la Casa de Correos fué en antiguos tiempos .

Palacio Viejo de los Presidentes, lo que es hoi Cuartel de Bomberos habia sido el *Picadero* o caballerizas de ese Palacio; pero en 1851 lo ocupaba el Cuerpo de Serenos.—Tomado el Cuartel del número 6, este se caia de su peso; mas nadie pensó en semejante cosa.

I fumando estábamos con Beltran, en las gradas de la Catedral, cuando a nuestros piés, tranco a tranco i al mando de un capitan, pasaron unos ochenta o cien serenos a caballo, los cuales se habian reunido i armado en su Cuartel, es decir a nuestras barbas, i se dirijian a la Moneda.—Cincuenta hombres del Valdivia habrian sobrado para dispersarlos.

De repente, el aire callado hasta ahí, se pobló de ruidos.

—¿Sientes?—me preguntó Beltran.—Tocan jenerala!

Era la verdad: A la puerta de los cuartelos cívicos, cuyos retenes de la noche estaban mandados por oficiales de línea, sonaban el conocido redoble, i viniendo de las faldas del Cerro, llegaban apaciblemente a nuestros oidos, con las brisas frescas del alba, oleadas de notas de la banda de Artillería, que tocaba diana, anticipando la hora.—Aquello era claro como el agua: el secreto de Urriola lo sabia ya todo Santiago.

Pero, solo el retardo del Chacabuco contraba al Coronel.

—Vamos a buscarlo,—le decia Ugarte·—¿Qué nos detiene?—El único temible seria el mayor Pinto; pero José Manuel está ahora en Valparaiso con su compañiá.

Urriola se limitó a enviar, una vez mas, a Vicuña Mackenna, en busca del perdido, gritándole, como si Vicuña tuviera la culpa de la demora:

—*Señor, vaya a traerme al Chacabuco!*

Al cansado galope de su caballo, salió don Benjamin camino de la Recoleta.

Estrañando la tardanza de Vicuña que solo tenia que andar ocho cuadras de ida i ocho de vuelta, comentábamos los incidentes de aquella larga Luna de Paita, cuando no recuerdo quién nos dijo que Pedro Ugarte i Federico Errázuriz habian ido a conferenciar con el Coronel don Justo Arteaga, que vivia en la calle de Santo Domingo.

Desengañado ya de Urriola, Beltran me dijo al oido:

—Si lo cambiarán!

—Lo crees cobarde?

—Es bravo como un tigre.

—Torpe?

—Tampoco.

—Qué diablos, entónces?

—Está abrumado, abatido i... engañado.—¿Dónde está el pueblo que prometieron? ¿A qué hora llegan los «cinco mil» hermanos qu

Bilbao ha ofrecido a gritos en todas las reuniones?

Eso estaba tan patente como la fachada de la Catedral.

Un movimiento de personas que se dirijia a la Intendencia, nos arrastró hácia allá.—Don Victorino Lastarria, que acababa de llegar, habia propuesto la celebracion de un cabildo abierto a fin de que el pueblo consagrara el movimiento.—La idea fué aplaudida con entusiasmo; pero no se pudieron encontrar las llaves de la puerta de la sala i no hubo cabildo...

A ese tiempo llegaron varios amigos asegurando que el Chacabuco estaba viejo en la Plazuela de la Moneda, siendo esta la primera noticia que tuvimos del hecho.

Por algunos vecinos de la *Chimba* supimos, en seguida, lo que habia ocurrido.

Al pasar el rio, Vicuña, lleno de dudas, se cruzó con un oficial de Granaderos que daba agua a su caballo, de regreso del Chacabuco a la Moneda.

Sin embargo, Vicuña siguió adelante; apeóse a la puerta del Cuartel i miéntras comparecía Gonzalez, por quien habia preguntado, trató de catequizar a los soldados de la guardia.

En estas estaba cuando llegó Gonzalez i lo invitó a entrar.

Durante algunas horas, éste, en verdad, ha-

bia sido dueño del Cuartel, como Capitan de servicio; pero a la una de la mañana pasó el mando al oficial don Pedro Maruri.

Desde la mitad del patio, Vicuña reconoció bajo un farol, al Comandante Videla Guzman que se paseaba por el corredor como un leon enjaulado.

—Estaba ahí!...

Gonzalez, completando su segunda traicion de esa noche, habiale enviado con el oficial de guardia Reyes Zorondo, la nota en que Urriola, —comunicándole que habia sido nombrado Comandante Jeneral de Armas por el pueblo, los cuerpos cívicos i veteranos de la guarnicion, i *estando enfermo* el Comandante Videla,—le ordenaba tomar el mando del batallon i traerlo a la Plaza.

Videla no estaba enfermo, sino recien casado con una de las bellezas mas renombradas de la calle de la Merced, por cuyo motivo se le habia concedido la noche por toda licencia de luna de miel.

I, volviendo a Gonzalez, para afianzar éste su obra o queriendo borrar sospechas, ántes de que Vicuña articulara una palabra, lo entregó preso.

Entónces Videla, subiendo a su caballo overo, famoso en las paradas de Santiago, salió de su cuartel, al frente de ciento treinta i ocho hombres; mas no tomó el *Puente de Palo*, que era

el camino de la Plaza, sino el puente de Zañartu que conducia a la Moneda.

¡Ciento treinta i ocho hombres,—el gran refuerzo con que deliraba Urriola!

VII

Eran las seis de la mañana.

El sol bajaba suavemente de los tejados de las casas.

Sentí como un golpe en el corazon, uno de esos presentimientos que no se esplican, pero que arrastran i a veces salen ciertos, como en las novelas.

—¿Quieres que vamos a Santo Domingo i despues, si tú quieres, hasta el Mercado?—le pregunté a Beltran, muerto yo de hambre i de amor.

Santo Domingo era la iglesia de Ema.

La emprendimos por la calle de la Nevería, a la cual muchos llamaban aun de Pescadores; llegamos a la plazoleta del templo i con gran sorpresa vimos que allí habia un parlamento de devotas que hablaban con asustados ademanes.

Dimos por allí mil vueltas i revueltas.—No habia un alma; es decir, no estaba Ema.

—Duerme!... pensé.

—No te queda mas que el chocolate!—me 'ijo Beltran. Nos retirábamos desconsolados, .uando nos detuvo una cara conocida, que se

sonreia bajo el manto, con aparato de tener algo que decirnos.

—Divina Cármen!—esclamé—¿Qué haces aquí?

Ña Cármen habia criado a las niñas i seguia siendo el perro fiel de cada una.

—Vengo con misiá Ema.

—¿I dónde está?

Aquella santa vieja echó a andar i nosotros la seguimos como a la estrella de Belen.

Entró, en fin, a la Posada de Santo Domingo, que se conserva intacta, i en el zaguan descubrimos la elegante silueta de Ema, el manto hasta los ojos.

Beltran, que siempre encontraba las grandes palabras del comienzo.

—Usted aquí!—esclamó con un tono de fraternidad tan llano i afectuoso, que la conversacion se enhebró en el acto.—I viéndola conturbada i retraída, siguió con una retahila de preguntas, a favor de las cuales Ema pudo serenarse un poco.—Le hubiera dado a Beltran el mando del Valdivia!

—Mi mamá estaba con cuidados—principió Ema.—Varios vecinos fueron a prevenirnos que atrancáramos la puerta...

—I Ud. ha venido—la interrumpió Beltran, a pedir a Dios por los soldados de su causa? Aquí tiene Ud. dos, Ema.

—Pero habrá combate?—insistió ella.

A grandes rasgos la impusimos de lo que ocurria.

—En todo caso,—nos dijo,—ustedes saben que tienen una casa libre de toda sospecha; pero ¡cuidado, Beltran!... ya saben que tambien tienen amigas que les recen i... lloren...¡

Beltran tosió, volviendo la cara. Yo habria caido de rodillas a los piés de esa celeste vision que descendia a nosotros como ese sol que, con su luz sonrosada, nos habia hecho olvidar las angustias de la noche.

Un redoble de tambor me despertó de aquel dulce ensueño.

Miéntras yo le tendia mi mano en señal de adios, la de ella, sin prisa, corria sobre su seno, bajo su manto, buscando algo.

—El de su pleito de anoche!—me dijo, obsequiándome un ramo de flores que todavía dormian, tibias aun con el calor de su nido.

Al pasar a mi lado, Cármen me secreteó, diciéndome:

—No ha pegado los ojos en toda la noche!...

Al volver a la Plaza por la misma calle de la Nevería, encontramos de frente a dos enlutadas: una señora i una jóven.

Despues que pasaron, Beltran se apoyó en mi brazo.

—La señora i la hija del coronel Urriola! —esclamó, palideciendo de emocion.

Nos quedamos allí clavados, siguiendo con la vista ese grupo del Presentimiento, enlutado ya con las gasas de la noche i de las lágrimas.

I como náufragos que arriban a la playa de la última esperanza, madre e hija entraron a Santo Domingo...

Llamaban a misa.

—Te envidio tus penas!—sollozó Beltran, cuando las dos bellas figuras se borraron en las sombras de la ancha nave.

VIII

En este punto de la relacion,—Beatriz miró su reloj, i dejando la costura, fuése a preparar la *cocoa* del abuelo.—Era la hora.

Mi Anjel de la Guarda!—me dijo don Panchito, cuando la nieta pasó al cuarto contiguo: pero como ésta se habia quedado escuchando, burlescamente tras de la puerta, volvió para decirle a besos, un dedo alzado en son de amenaza:

—¡Cuidadito, porque estoi oyendo!...

Mi querido viejo se sonrió con una espresion de infinita complacencia.

Volvió a cargar su pipa, pausadamente, sin pronunciar palabra.

Despues dijo:

—Cásate, niño...—Los hijos son la continuacion de la vida, i los nietos la resurreccion anunciada.

Ambos callamos... hasta que Beatriz volvió.

IX

Don Panchito continuó:

—Pero, en el entretanto, ¿qué hacia Búlnes? preguntarán Uds.—¡Ah! que Uds. son mui chiquillos para saber qué hombre era Búlnes i i lo que hizo en esas tribulaciones.

A las tres i tres cuartos de la mañana, Salgado le sostenia el estribo de su montura, a la puerta de Palacio.—Búlnes, que era mui gordo, se alzó pesadamente; Salgado arregló las riendas, los faldones de la casaca, los tiros del sable i viendo que nada faltaba, subió a su turno a caballo.

En cuanto Búlnes se vió sobre el suyo, los que le rodeaban pudieron convencerse de que aquel Jeneral, nunca vencido en ningun campo de batalla, no dejaría que una revolucion callejera tocara con sus manos al Presidente de la República.

Pocos dias ántes, subiendo las escaleras de la Presidencia, álguien le hablaba de la posibilidad de un levantamiento.—Bùlnes se detuvo en un scanso, i golpeándose su ámplio pecho, contó:

—Para llegar hasta aquí, tendrán, primero, que pasar sobre éste!...

En este punto, sus mismo enemigos, es decir, los pocos que por el momento podia concitarle la situacion creada, hacíanle plena justicia.—Era Búlnes el soldado invencible, el mas glorioso, el mas chileno i popular de cuantos conocia el pueblo, despues de O'Higgins, i en aquellos instantes se mostró desde el primer minuto a la altura de su puesto i de su gloria.

No tuvo una sola flaqueza; no vaciló un momento: fué el mismo desde que lo despertó Baquedano hasta que se desmontó del caballo, cerca del medio dia.

Sin embargo, cuando jinete en su tordillo, solo entre su Ministro i su asistente, comtempló la situacion, debiò presentársele tan cerrada i oscura como la noche sin luna que envolvía la ciudad.

Racionalmente tenia que darse por perdido.

Todo eso duró poco, es verdad; pero en lo poco que duró, pienso que vivió muchos dias. Al despertar con la noticia de que estaba en la Plaza, sublevado, el batallon que él mismo apellidara el primero del Ejército i al mando de un jefe tan aguerrido como Urriola, dió por hecho que el ataque a la Moneda se pronunciaria seguramente ántes de que concluyera de vestirse.—Cierto que los Granader estaban al alcance de su voz; pero éstos r

tenian municiones i los caballos se encontraban en Renca, en los potreros de la chacra de Infante.—La Moneda entera talvez crujió en su cerebro.—Poniéndose en el caso de Urriola, daba así mismo por tomado ya el Cuartel de Artillería, donde estaba el Parque, i los otros puntos militares de la guarnicion.

Escuchó un rato, creyendo sentir en las tinieblas el avance triunfal del enemigo: eran sus hijos,—un ramo de niños que adoraba con locura.

—Llama a Minvielle!—ordenó a Salgado.

Don Rafael que vivia en la calle de Morandé, frente a la puerta falsa del Palacio, no tardó en presentarse.

—A casa de mi suegro!—indicóle Búlnes.

Poco despues, volvió Minvielle, asegurando que la familia quedaba en poder del Jeneral don Francisco Antonio Pinto, que vivia en la Alameda, en la casa que es ahora de doña Juana Maria Lecaros.

Aliviado de este gran peso, respiró con alegría; i pronto tuvo otra mas, porque mirando en torno suyo en esa hora que no era hora de amigos, volvió a encontrarse con don Antonio Varas, impasible a su lado.

Se estrecharon las manos en silencio, como dos que se sienten iguales, i comenzó la obra del soldado.

Resuelto a morir en la demanda, clavó sus

tiendas en la esplanada de la Casa de Gobierno.

En seguida despachó a sus ayudantes de campo:

Uno a casa de Videla Guzman con la órden de que en el acto tomara el mando de su cuerpo i la prevencion de que, estratéjicamente, debia considerarse cortado de la Moneda por Urriola; otro a buscar al Coronel Marcos Maturana, i dos o tres mas a los diferentes cuarteles cívicos para que tocaran jenerala i los respectivos retenes defendieran sus puestos. Otros partieron a Renca a traer la caballada. No se olvidó un detalle. Dando por abandonada la Penitenciaria, envió al Capitan don Manuel Chacon con un destacamento de serenos, los cuales llegaron a tiempo que los detenidos se armaban para irse sobre los pocos soldados que dejaran Videla i Vicuña. Despachó igualmente un propio a Melipilla, a fin de que el batallon Yungai se viniera sin detenerse en el camino.

Mandó tambien por el Cuerpo de Cadetes a la Ollería. En esto, sin duda, se le pasó el caballo; pero habiéndose negado rotundamente el Jeneral Aldunate a çumplir la órden, Búlnes aceptó las razones que, a nombre del ilustre soldado, a quien llamaban el Bayardo chileno, dió el Mayor don José Antonio Villagran.

—¡Bravo!—esclamó de pronto Búlnes, oyen

do que en los cuarteles cívicos comenzaban la jenerala.

Era la fortuna, su antigua i leal camarada, que alzando el vuelo de la Plaza, tendia de nuevo sus alas hácia él.

Luego se presentó el Coronel Maturana. El ayudante que habia ido a buscarle no solo lo encontró en pié, sino en pié de guerra a todo su Cuartel.

La esposa del Sarjento Jáureji, que iba al abasto, le habia llevado a la cama la noticia de que en la Plaza estaba un batallon sublevado. Sin esperar mas pormenores, el Coronel sacó de almacenes cuatro obuses que acababan de llegar, i los puso en batería, cargados hasta la boca.

Como en ese momento no se encontraran en el Cuartel mas que cuarenta soldados, ordenó tocar diana inmediatamente, con lo cual logróse reunir media compañía, armando hasta a los músicos.

Antes de marchar a la Moneda i comprendiendo los peligros de abandonar su puesto, Maturana llamó a Erasmo Escala i como era hombre de mui pocas palabras, se limitó a decirle, seguro de ser obedecido al pié de la letra:

—Capitan, Ud. me defiende el Cuartel a sangre i fuego.—Ahí queda Marcos.

Bueno, mi Coronel—respondió Escala.

Llegado al campamento del Palacio, no se habló mas que esto, como en Esparta:

—Puede Ud., Coronel, defender la Artillería?—preguntó Búlnes.

—Sí, mi Jeneral!

—Resistirá Ud. al Valdivia?

—Sí, mi Jeneral.

—I al Chacabuco?

—Tambien, mi Jeneral.

I regresó a su Cuartel.—Búlnes, cuyo buen humor ya volvía con la esperanza, llegó hasta recordar que Maturana, despues del triunfo de Guías, habia entrado a Lima sentado en una cureña, i al hablar de esa batalla, se le fueron al pecho sus mocedades; llamó a Salgado i con cuatro granaderos que éste elijiò, clavó espuelas a su caballo i se perdió en las calles oscuras, sin prevenir a nadie.

Adónde iba? Qué locura intentaba? Acaso un suicidio contra un batallon entero?

No le conocian bien los que tal pensaban.—Viendo que el Valdivia no llegaba, dirijióse a ver por sus ojos lo que hacia, i por la calle de la Compañía llegó hasta la esquina de la Plaza, que entónces no tenia un solo árbol.—Allí miró la tempestad, oyó sus rujidos i tornó al trote a su campamento, asegurando qua el dado se habia vuelto i la situacion era suya.

Intentó volver con un solo edecan para presentarse al Valdivia; pero don Antonio i l

demas personas que allí estaban lo disuadieron. Búlnes no se consoló nunca de haberles obedecido.—En sus últimos años se lo reprochaba como su falta mayor.

I yo creo lo mismo; creo que si Búlnes se presenta al Valdivia, Urriola envaina su espada i los soldados le presentan armas: todos habian comido en un mismo plato los triunfos inolvidables del Perú,—sin contar que el infortunado Urriola tenia ya de sobra para dar por cancelados sus compromisos i la tropa estaba desconcertada i aburrida.

A mayor abundamiento, Búlnes pudo tambien presentarse al batallon alzado, con la mayor parte de sus oficiales, pues a esa hora ya se habian puesto a sus órdenes, el Comandante Unzueta, los capitanes Barbosa, Urrutia, Fierro, Salinas i Torres, nueve oficiales subalternos mas i diez reclutas chillanejos, todos los cuales, como lo probó Urrutia poco despues, estaban resueltos a borrar con su heroismo el descuido fatal de un instante. Mauricio Barbosa, era otro tigre,—negro como la noche i valiente hasta la temeridad.

A reglon seguido se presentó Lainez con sus catorce Valdivias; llegó, por fin, la caballada i los granaderos que hasta ahí se habian mantenido a pié firme, sable en mano, formando un muro de corazones a su Jeneral, se lanzaron sobre los caballos, sin atender órden

ninguna, ávidos de verse en su elemento. Búlnes se sonrió al presenciar ese desbande, recordando que él al despertar, habia sentido el mismo impulso, i por lo demas, seguro de que sus *niños* volverian solos a ocupar sus puestos.

I así fué, porque en una de dos por tres, salieron a la plazuela trescientos diezinueve granaderos, cuyas caras, ahora radiantes, parecian decir a gritos:

—I qué hacen que no vienen!

I doi por cosa hecha, que si el Valdivia se encajona en la calle del Chirimoyo, i mejor si se desparrama en toda las que conducen a ella, así tan bravo i diestro cual era, no resiste al huracan de los granaderos lanzados al galope de sus cargas chivateadas, a la vista de su viejo Jeneral.

¿Sabe Ud., mi amigo, lo que es una carga de caballería, con caballos i rotos chilenos?

Es un brazo de mar que sale de madre i padre i del cual cada gota es un hachazo.

Yo he visto a nuestros rejimientos de caballería hacer terremotos en el suelo del Perú i i en el alma de los mas intrépidos.

Hágame Ud. la gracia de meter eso en la manga de una de nuestras calles estrechas i ríase de estas maquinitas que han inventado los franceses...

—¿Las ametralladoras?

—O lo que sea: derribarán éstas dos, tres i

hasta cuatro mitades. Ponga Ud. que de éstas mueran todos, aun cuando no ha habido hecatombe que no haya dejado uno para contarla; pero cuando la distancia llegue a estrecharse a una cuadra, por ejemplo, yo le aseguro a Ud. que no hai mano de valiente que acierte a darle vueltas a la maquinaria.

En la guerra, i particularmente, en la de poblado, la carga de la caballería es lo grande, lo irresistible, lo sublime,—brutalmente sublime. Eso debe embriagar al jinete i al caballo.

X

Búlnes tenia sobrados motivos para creerse hasta ahí dueño de la situacion militar de la plaza.

De todas partes le enviaban buenas noticias, i sobre la base de lealtad de que habia dado tan alto ejemplo el señor Varas, en la primera hora, de momento en momento, crecia el número de amigos i servidores que le rodeaba.

Casi a un timpo, llegaron a la plazuela, don Máximo Mujica, el Comandante Rafael La Rosa, i jefes tan prestijiosos como el Teniente Coronel don José Maria Silva Chaves, a quien habian dado noticia de la sublevacion los mismos que fueron a despertar a don José Victorino Lastarria, en la calle de la Merced arriba.

I cada uno de los que llegaban, colocábase en silencio en el puesto en que creia ser útil, i no se hablaba mas; pero un jinete árabe que apareció envuelto en un manto blanco, arrancó grandes aplausos: resultó ser don Domingo Faustino Sarmiento que venia desde su quinta e Yungai a ofrecer su continjente, armado de na escopeta de dos cañones.

Otro de los que se presentó desde temprano fué el Mayor Don Juan Navarro, veterano que contaba con treinta años de servicio.

Como llegara pidiendo un caballo, en circunstancias que no habia ni para los ayudantes, Búlnes, sin ver quien hablaba, disparó dos o tres juramentos de cuartel, lo cual no impidió que Navarro dejara en el combate sus cincuenta i dos años de edad. Navarro era español, paisano de Maroto, i tuvo la desgracia de que por mucho tiempo se le confundiera con el asesino de Manuel Rodriguez, a causa de la igualdad de nombres.

En ese mismo momento, llevaron a la Moneda el aviso de que en la plaza varios sublevados instaban a Urriola para que prendiera a Don Manuel Montt, que vivia en la calle de la Merced, a dos cuadras de la revuelta, en la casa que fué de la familia Larrain, llamada los Ochocientos.—Se supo tambien que Urriola rechazaba indignado la idea; pero de todos modos, el peligro era inminente.

Mas, Don Manuel habia sido puesto en salvo por el clérigo Don Juan Ulloa, antiguo profesor del Instituto, que vivia en casa del señor Montt, i hubo de particular que la primera noticia del peligro se la llevó un enemigo político, el jóven don Vicente Maria Larrain, oculto noblemente en su capa para no ser vist ni agradecido.

Don Manuel, acompañado de Don Anacleto Montt, su cuñado,—i de Ulloa, habia salido para dirijirse a la Moneda, estraviando calles; pero luego los detuvo el tumulto de gritos i carreras que dominaba en esas vecindades.—A ménos de ir hasta la Cañada, la empresa parecia imposible.—Entónces Ulloa, golpeando a la puerta del convento de la Merced, hizo entrar a don Manuel a la celda del padre Ravest, que ademas de Provincial, era un antiguo capellan de la Artillería.

Al aclarar, llegó a buscarlo el Comandante Don Tomas Yávar, segundo de Granaderos, arribando poco despues, sin novedad, al campamento de la Moneda.

Don Manuel subió en uno de los caballos de Búlnes, i durante toda la jornada estuvieron hombro con hombro, resueltos a correr ambos la misma suerte.

XI

La noche,—manto de todas las traiciones del amor o de la guerra,—comenzaba a desgarrarse en jirones. Búlnes ya no la necesitaba. A favor de la oscuridad, todas sus órdenes habíanse militarmente cumplido. Ya no lo cazarian en una ratonera. El que le venciera, venceria como bueno, cara a cara, a la luz del claro sol.

Un Ayudante de Videla Guzman llegó a prevenirle la aproximacion del Chacabuco. Minutos despues, el refuerzo que todavía esperaba el Coronel Urriola, entró a la plazuela i ocupó su puesto, sin vivas ni abrazos... Allí no se aplaudia a nadie.

En el mismo austero silencio habian formado modestamente, como pidiendo licencia para cumplir su deber, los ochenta o cien serenos qne poco antes flanquearan el campamento del Valdivia.

Revistando sus tropas, Búlnes computó cerca de 580 hombres.

Seguro así de la Moneda, creyó prudente arle una mano al cuartel de Artillería, saiendo que aquel viejo claustro, a medio caer-

se, no tenia mas defensa que el valor probado de los que estaban dentro. I como en él, el pensar era hacer, luego salió al galope, acompañado de don Máximo Mujica i de un lijero piquete de la escolta. De nuevo, queria ver por sus ojos.

Rematando su caballo a la puerta del cuartel, i, sin apearse, habló con Maturana que habia salido a recibirlo. Pidió noticias i ofreció refuerzos.

Los veteranos, agrupados en el zaguan, le saludaron con sus gorras, recordando a Buin, Matucana i Yungai, donde habian combatido mano a mano.

—Hasta la vista!—les contestó Búlnes.

Don Máximo Mujica que tenia el don de contar cosas característicus, referia despues que Maturana, todo avergonzado al ver que el Jeneral jugaba su vida por llevarle en persona sus promesas, i no pudiendo aceptar que éste se desprendiera de las fuerzas que debian resguardar únicamente su persona, habia concluido por decirle, casi empujando el caballo:

—Está bien, señor. No se acuerde mas de mí i ¡Adios!

—Así eran, jovencitos, los hombres de mi tiempo!—esclamó con orgullo mi viejo amigo.

I continuó en seguida:

Pero ántes de llegar a la Moneda, ya Búlne habia cambiado de parecer respecto al refuerz

que acababa de asegurar a Maturana, i en vez de enviárselo, ordenó a Videla Guzman que con la mitad del Chacabuco fuera a traer dos de las piezas que defendian la Artillería, a fin de reforzar la guarnicion de la Moneda.

Dirán ustedes que estas eran contradicciones o confusion de Búlnes; pero si ustedes hubieran visto que en ese mismísimo instante un Consejo de Guerra compuesto de Urriola, Ugarte i Pantoja, decidia en la Plaza no atacar ya la Artillería sino la Moneda, se convencerian de que Búlnes, gallo de cien peleas, les estaba como leyendo el pensamiento. Conocia tanto el naipe como a los que le tallaban!...

Maturana, sin hacer observacion alguna, confió las dos piezas al Capitan Escala, dióle por ayudante a su propio hijo Marcos, que era un niño, agregó ocho sirvientes para el manejo de aquéllas, i cerró de nuevo su porton, quedándose mui conforme en aquella jaula flanqueada de alto a bajo por el Huelen.

Cuando Videla Guzman regresó a la plazuela, S. E. el Jeneral Búlnes, apoyado en el borren de la montura, tomaba tranquilamente su primer desayuno, —*una taza de mote* que por su mano le pasó el vendedor i que el jeneral pagó con la suya.

En el polo opuesto, Urriola a la misma ho-., calábase sus guantes blancos. Por esto Vi-

cuña Mackenna, me decia con mucha gracia, comentando estos contrastes:

—«I son los jenerales que comen mote en las batallas los que las ganan... Los que cantan la Cancion Nacional las pierden...

XII

De pronto, todas las cabezas se irguieron, i los Granaderos se afianzaron en sus estribos. Llegaba el caso tan esperado. Una oleada de Cancion Nacional, llenando la calle del Chirimoyo, azotó aquellos rostros contraidos: Era la banda del Valdivia que, al frente de la division enemiga, desfilaba por la del Estado, a tres cuadras de Búlnes!...

Devolvió éste la taza vacía, i su corneta de órdenes tocó atencion, por toda respuesta al guante que le arrojaban de tan cerca.

Daban en San Francisco las 7 de la mañana.

Una mañanita de abril,—tibia i dulce como para perderse en un bosque, pisando hojas secas...

En esto advirtieron que en la Tesorería Jeneral habia un millon de pesos en monedas de oro, i era ademas conveniente que una persona de toda confianza custodiara el departamento de la Presidencia.

Don Antonio Varas designó para velar el oro a su sobrino Don Santiago Prado, i Don Manuel Montt confió el segundo cargo a Pedro Leon Gallo, primo hermano.

XIII

—I de un volido, nos dijo Don Panchito—vámonos a la Plaza, que yo tengo los polvos de la Madre Celestina.

La noticia de que el Chacabuco estaba formado en la Moneda, acabó de costernar a Urriola, i sus últimos momentos en la Plaza no fueron sino una triste agonía.

Del guerrero lejendario no quedaba ni la sombra.

Era una máquina a la cual movia únicamente el temor del qué dirán,—el respeto de su palabra comprometida.

La luz del sol, así como habia disipado las tinieblas encubridoras de la noche, tambien ponia las cosas en evidencia, no dejando ya ni el triste consuelo de dudar.

Haciendo su balance, el caudillo de la revolucion tenia que llegar a estos resultados, desde luego:

El pueblo prometido brillaba por su ausencia; los magnates que debian compartir la tremenda responsabilidad del levantamiento, acaso esperaban en el rincon de sus hogares que hados fallaran entre Búlnes i Urriola,

para ir, segun eso, a saludar al sol que se levantara sobre la polvareda del combate. En la duda se abstenian filosóficamente.

El hecho es que allí no estaban.

Los cinco mil Igualitarios, suscritos por Bilbao, de puro bíblicos, como su jefe, habian concluido por hacerse mitolójicos, si la mitolojía es solo una ilusion.

I la obediencia del Chacabuco al Gobierno; Videla Guzman, sobreponiendo su deber de soldado, a los de la gratitud, la amistad i el parentesco, siendo como eso fué una puñalada para Urriola, no era, con todo, la última partida de aquel cruel inventario.

El mismo Valdivia, la formidable columna, habia dado durante la noche, mas de un motivo para dudar de su firmeza.

I era evidente que la tropa perdia su entusiasmo, si lo habia tenido; que los soldados se dejaban arrastrar; que el fuego de la novedad habíase estinguido en cinco horas de espera, i que si aquellos veteranos entraban ahora al fuego, seria únicamente por cuenta de su amor propio.

Perdida la noche i con ella la ventaja segura de las sorpresas, era llegado el momento de combatir, i Urriola no queria combate ni derramamiento de sangre; la lucha no entraba en sus planes; se lo habia dicho al Valdivia

No deseaba tampoco deponer a Búlnes

sustituirlo él. En suma Urriola no hacia una revolucion; segun los pliegos que, escritos, se le encontraron en la casaca, su accion se limitaba a apoyar con una parte de la guarnicion, un movimiento popular que tenia por objeto exijir del Gobierno un cambio de Ministerio i la designacion de una junta consultiva que deberia componerse de don Bruno Larrain, don Manuel Eyzaguirre i don José Miguel Carrera, sirviendo de secretarios don Federico Errázuriz i don Domingo Santa Maria.

Tal era la verdad de la situacion i el estado moral de Urriola, cuando empujado por todos, dió la señal de alistarse, contrariando sus deseos i propósitos.

Pero hubo aun algunos episodios.—Se vió llegar al poeta Lillo, pidiendo un puesto en las filas de sus correlijionarios. Desterrado a Castro, Eusebio habíase venido en una balandra hasta Valdivia; allí se concertó con el correo que trasportaba la correspondencia desde esa ciudad a la de Concepcion, i cruzando toda la Araucanía, salvaje entónces, acababa de llegar a Santiago. Aquí les diré que el correo que acompañó a Lillo, un tal Dávila, no hacia mucho que habia salido de la cárcel de Valdivia, acusado de haber tomado parte con los indios en el horroroso saqueo del bergantin *El jóven Daniel*, en el cual fué robada por los araucanos la hermosa Elisa Bravo.

De allí a poco, las campanas de la Catedral empezaron a tocar a fuego. Algunos se alarmaron; pero pronto se supo que Miguel Lazo, que andaba con los pantalones arremangados para mayor comodidad, habia obligado al sacristan a tocarlas, bajo la presion del estoque de que estaba prevenido.

Urriola se calzó sus guantes blancos, i alzando la espada, dió la órden de marchar en columnas. El Valdivia pareció revivir; la banda rompió con la Cancion Nacional i algunos se dieron a cantarla a todas voces, lo cual contrarió visiblemente a los soldados. Ya estaban hartos de comedias patrióticas.

El órden de marcha se estableció de este modo: al frente Urriola, rodeado por Manuel Recabárren, Carrera, Lillo, Bilbao i Vicente Larrain Aguirre, a quien acompañaba su hijo mayor, un niño de dieziseis años, todos los cuales formaban el estado mayor del Coronel, demostrándole que sucumbirian a su lado, i en verdad sea dicho, heróicamente llenaron ellos bien pronto el hueco que dejara la prudencia de tantos otros.

Seguia despues el Valdivia, con su traje negro i verde de parada; a continuacion los Chacabucos del reten de la Cárcel, al mando de Gutierrez, i, cubriendo la retaguardia, la masa informe i abigarrada de artesanos, curiosos i pililos, entre la cual se destacaban los brill--

tes uniformes de los oficiales cívicos don Silvestre Lazo, Luis Bilbao i Ricardo Ruiz.

Al pasar la compañía de Carabineros, un jóven, Marco Gutierrez, abandonó su caballo i se puso a su frente, aclamado por todos.

La marcha se continuó por la calle del Estado.

—Al desfilar bajo los balcones de la señora Carrera, ella i todos los que la acompañaban, vivaron a Urriola i al Valdivia.—Entre los concurrentes, divisábase a don Bartolomé Mitre, el cual simpatizando con nuestra causa, seguia con avidez los pasos de la revolucion.

El avance por la calle del Estado fué, por lo demas, una contínua ovacion del pueblo agolpado en las aceras.

Al llegar a la plazuela de San Agustin, se divisaron, cruzando al trote por la Cañada, las últimas hileras de la columna del Chacabuco que escoltaba los cañones del capitan Escala. El bravo i entusiasta Pantoja, un verdadero convencido, suplicó a Urriola le permitiera ir con su compañía a quitar esos cañones, para lo que bastaba, a su juicio, que él se desprendiera por la calle de Agustinas, i doblando por la de Bandera, los atacara de frente, en tanto que Urriola, siguiendo su camino, los cojía por retaguardia.

Todos se veian ya batiendo las puertas de

la Artillería con aquellos cañones; pero Urriola contestó secamente:

—Esos cañones serán nuestros en media hora!

Pantoja se puso lívido de cólera, i todos estimaron que nuestro Coronel regalaba esas armas a Búlnes, desairando a la fortuna que las ponia al alcance de su mano; pero a mí siempre me pareció que aquellas eran cuentas alegres.—Mui superior el Valdivia al Chacabuco, ciertamente, para destrozar su débil columna; pero trabado el combate en la calle de la Bandera, a una o dos cuadras de la Moneda ¿Búlnes se habria quedado mirando? Sus Granaderos estaban muertos?

¡Las ilusiones de toda aquella larga noche de ilusiones!

Seguimos andando, i fué talvez lo mejor. Al enfrentar a la calle del Chirimoyo, la banda del Valdivia acortó el paso i comenzó a soplar con mas fuerzas, vueltos los músicos hácia la Moneda.—Segun se habia resuelto en la reciente junta de guerra, debíamos marchar sobre aquélla; pero Urriola cambió de plan i seguimos para la Cañada, al asalto del Cuartel de Artillería.

I quien manda, manda!

Pero todavía debíamos ver sangre ántes de romper el fuego de aquel retardado encuentro.

Por ahí frente a la casa de la señora Sanchez, Urriola, que no solo no habia dormido en toda la noche, sino que estaba en ayunas, pidió un poco de coñac; pero no habiendo con qué abrir la botella, se le dió en el cuello un golpe de espada.

I Urriola bebió, cortándose el labio superior.

XIV

Tanto para que mi complaciente viejo descansara un poco, como por verdadera curiosidad, hube de preguntarle:

—¿I cuál era—Don Panchito—la santa causa porque se iba a derramar sangre de hermanos?

—No toquemos mejor esta cuestion—me respondió.—En la cara te leo que vas a echar a los papeles lo que te estoi contando, i todo eso seria demasiado largo, mas político que pintoresco, i como tú sabes, yo detesto lo que aquí llaman política: cuestion de personas, apretura de ambiciones; pero no lucha levantada de principios. En un pais tan prematuramente viciado en sus prácticas, como el nuestro, la política es una mujer de mala vida i de peores amistades. ¡Dejemos eso!

—¿No será miedo, Don Panchito?

—Miedo a quién—hijo mio?—Me obligas a decir que aun en mis mas estremadas pobrezas, siempre me he dado el lujo de gastar ideas propias i sostenerlas con la misma franqueza con que te digo que te quiero mucho.

—Entónces, Don Panchito, un bosquejo si-

quiera de los antecedentes, para que esto no quede trunco. Saber tan solo por qué se iban a batir los suyos contra Búlnes.

—No hijo, otro dia, con mas despacio, hablaremos de eso descansadamente: que te baste saber por hoi que el partido liberal se batía a muerte contra la candidatura de don Manuel Montt a la Presidencia de la República; que esta candidatura, en su oríjen i medios, no fué oficial; porque la proclamaba i sostenia lo mas granado del partido conservador, sus millonarios i aristócratas; que Búlnes, cuyo candidato habria sido el Jeneral don Santiago Aldunate, concluyó por aceptarlo como un medio de combatir las exajeraciones revolucionarias de una parte de aquel partido i cerrar las puertas del gobierno a una juventud brillante i jenerosa; pero que, sosteniendo una gran causa—la libertad electoral—se ponia a jugar a los Jirondinos i a las barricadas. Búlnes los consideraba demasiado jóvenes, todavía verdes, para gobernar un pais tan jóven e inesperto como ellos mismos.

Por otro lado, el partido liberal pagaba las culpas que, a su nombre, cometian los imprudentes: Santiago Arcos predicaba la reparticion de la propiedad, i Francisco Bilbao se hacia escomulgar a velas apagadas, predicando el dogma de la soberanía de la razon—lo cual en aquellos tiempos determinaba, aun en muchos

liberales, una cerrazon de oidos i de puertas, que perjudicaba a la causa.

Esplotando hábilmente esos peligrosos desvarios, el partido conservador, despues de la asonada de San Felipe, llamó a la candidatura de don Manuel la candidatura del órden, i con ese nombre i sobre esta base, la aceptó el Presidente.

Para la oposicion, la misma cosa i los mismos principios no tenian mas que este nombre: tiranía.

Por esto se iban a batirse.

Te daré tambien otro dato: Urriola, no queriendo aparecer como revolucionario, mala fama que lo habia perseguido en su joventud, exijió que el levantamiento se iniciara en alguna provincia, para apoyarlo él en Santiago; pero don Domingo Santa Maria decidió a la Junta revolucionaria a que se efectuara aquí, pensando talvez que las revoluciones que no estallan en la capital, bajo los piés del gobierno que se quiere echar abajo, se convierten inevitablemente en guerras civiles a despecho de sus mismos autores.

I tras de muchas idas i venidas, se fijó, por fin, como fecha fatal, el 20 de Abril, en un conciliábulo al cual asistieron Urriola, Carrera, Yarte, Recabárren, Bilbao, Santa Maria, Viña Mackenna, Joaquin Lazo, Félix Macken- Luis Ovalle i Vicente Larrain i Aguirre.

Para ello se tuvo en cuenta, principalmente, que el Lúnes 21 se iba a promulgar en Santiago el estado de sitio.

Con todo lo cual, el dulce i tranquilo Abril contó para la capital, cuatro calamidades en sus treinta dias:

El terremoto del 2, que estremeció a Santiago i destruyó a Casablanca.

La tempestad del 5, que duró desde las 6 de la mañana hasta las doce de la noche.

La revolucion del 20.

I el estado de sitio acordado para el Lúnes 21, pero que se puso en vijencia desde la mañana del Domingo.

XV

Cuando desembocamos en la Cañada, con la fiebre de una noche en vela, nos pareció que el aire primaveral de la mañana, era una caricia i una promesa.

Instintivamente nos sacudimos, restregando las espaldas contra la ropa, ensanchando el pecho, como patos que entran al agua.

¡Qué dulce frescura!

Con toda la severidad de la historia, les aseguro que hasta pájaros vivos cantaban en los álamos amarillos, a la par de los que llevábamos en nuestras cabezas.

Llena de sol, con la dulce melancolía de las mujeres pálidas,—era una mañana para tomar leche al pié de la vaca, para amar a la sombra de aquellos sauces tradicionales i vivir esos mil tranquilos encantos de la vida, que solo advertimos i nos asaltan en tropel, cuando estamos en peligro de perderlos, como si fueran una vision anticipada de la muerte i no la realidad gratis i cuotidiana de la existencia.

Pero no íbamos para gozar de ese paisaje de otoño, sino a matar o a que nos mataran en él.

¿Por qué?

Porque no fuera Presidente Don Manuel Montt, conservador, i lo fuera nuestro candidato, el Jeneral don José Maria de la Cruz,—mas pelucon que su rival: aquél el primer hombre de su época, sin cuestion alguna; i éste un soldado ilustre, en estricta justicia.

Conviene que apuntes estas particularidades como signos que son de ese tiempo:

La oposicion, esto es, la juventud Santiaguina, ilustrada, radical, democrática i revolucionaria, que pedia la reforma, predicaba la igualdad social i la instruccion del pueblo peleaba sosteniendo la candidatura provinciana, aristocrática i conservadora de un caudillo militar que, para los años de aquella juventud, era un anciano.

I los conservadores, los aristócratas, los millonarios i los viejos que no tenian mas que la escasa ilustracion de sus dias, i un soldado presidente, como Búlnes, con una fé cuasi relijiosa, que habia de sobrevivir al que la inspiraba,—proclamaban la candidatura civil de un joven, pobre, austero, hijo de sus obras, de ideas mas avanzadas que su partido, i que habia hecho su carrera política en la esfera modesta, pero no ingrata de la enseñanza pública.

I en cierto modo, entre ámbas candidaturas aparecia Santiago contra Concepcion; porqu esta última, represensando todavía un ciert

caudillaje rejional, nos habia ya dado cuatro presidentes militares.

Si esto lo sospecho entónces, me largo a correr para mi casa; pero ¡ai! que solo lo vine a ver veinte años despues!

I seguí adelante, arrastrado por el ventarron revolucionario, cantando el refran de una *Marsellesa* de los chiquillos de la calle, que nos trasportaba de entusiasmo:

Viva Chile i el Perú:
Muera Montt i viva Cruz!

¡Eramos niños de pecho!

Sin embargo, i que esto me salve,—miré con algun horror el escopeton que habia sacado del Cuartel de Bombas; volví a ver en esa misma Cañada a los artilleros que con tanto orgullo habíamos visto desfilar, a orilla de los sauces, cuando iban para el Perú: rotos sumisos que entónces, como ahora, cumplian el mismo deber. Se me representaron, sobre todo, las caras venerables de esos viejos sarjentos, encanecidos en el servicio, que veiamos pasar, sentados sobre las cureñas, tan pagados con las cintas i medallas que les daba el Fisco, a falta de plata.

I yo iba a disparar sobre esos veteranos, que, ántes que yo naciera, ya combatian por la Independencia,— casados con otra viejecita, llenos

de chiquillos, con hijas como Ema, con nietos como mi Beatriz!...

Callado la boca, le pasé el escopeton a un roto que talvez tenia los ojos puestos en que yo cayera luego; porque hacia rato me venia siguiendo, i en cuanto lo recibió se hizo a la vela: pues allí andaban muchos de estos devotos que alumbran en las procesiones para llevarse los cabos...

—¿I tu fusil?—me preguntó Beltran.

—Hijo, le respondí—desde hoi hasta el dia de mi muerte, te juro, que no privaré ni al chincol mas infeliz de estas ramas, de este dón de la vida, que no le he dado a nadie todavía.

No tengo vocacion de cazador.

XVI

A un toque de corneta, la banda de música pasó a retaguardia, junto con una poblada de curiosos, i el Valdivia se estendió entónces en batalla, ocupando desde la calle de San Antonio hasta la iglesia de las Monjas Claras.

En el cuartel amagado parecia que no habia un alma, ni siquiera el centinela del puente.

Al saber lo que ocurria, el Sarjento Gainza del Chacabuco, que mandaba la guardia del Hospital de San Juan de Dios, armó su tropa i se presentó a Urriola.

Debo prevenirles que la Cañada, en ese tiempo, i desde San Francisco hasta la casa que llamaban de la *calentura*, que es la que está tal como entónces, en la esquina de la calle del Cármen, no era ni sombra de lo que es hoi. Aquello dibujaba a lo vivo un retablo lugareño que se habia quedado de la Colonia, intacto.

Frente a la casa de don Gabriel Palma la acequia se dividia en dos ramas que corrian por sobre las raices rosadas de los álamos.

De ahí para arriba, i partiendo la avenida dos, corria el agua del ancho i desparrama-

do cequion que con el nombre de la acequia de nuestra Señora del Socorro, habia sido traido para mover el molino que por ahí tuvieron en un tiempo los padres Agustinos.

A uno i otro lado se levantaban sauces viejísimos, a cuya sombra se instalaban barberos populares que, así afeitaban a un prójimo como le arreglaban la cola a un perro.

En la acequia refrescaban caballos, vivian chanchos i se bañaban algunos, cubriéndose con los troncos o revolviendo el agua cuando divisaban señoras, lo cual, en esas edades, era tenido por pudor.

La calle nueva de la Merced o Miraflores, sucia i triste callejuela, separaba el Monasterio de las Claras de la casa colonial de *Las Recojidas*, edificada para encierro de las que no se recojian nunca, en años en que llegaron abundar de tal modo, que, escandalizada la jente, se resolvió retirar a unas de la circulacion, imponiéndoles a las otras la marca de andar con manteletas amarillas, con lo que se avanzó mui poco; porque fué como descubrir, ántes que Chevreuil, que el amarillo era el color de las morenas.

I como estas manteletas tenian picos que sus dueños bordaban con primor, i algunos seguian detrás de ellas, de ahí vino lo de andar a picos pardos.

Al frente de esas Recojidas se salia much-

hácia la calle, estrechando allí la Cañada, por manera que el puente de cal i ladrillo que, sobre dos metros de altura se levantaba sobre la acequia del Socorro, con sus ramplas comunicaba casi directamente, la calleja de aquel nombre con la de San Isidro.

Quedaba, por lo tanto el puente, en la esquina del cuartel, a pocos metros de la puerta principal.

La Artillería ocupaba, pues, el viejo caseron de aquellas Margaritas de la noche, separado del Huelen por un sendero de cabras,—la calle del Breton,—todo eso tan apegado al cerro, o mas bien dicho, tan avanzado éste hácia aquello, que en un temporal, un peñasco, rodando de las alturas, mató a una cocinera en el último patio de una de las casas de la calle Nueva, Recojidas, del Cuartel, Miraflores, que tantos nombres ha tenido, a mas de el de *Los Perros*, que se daba por lo comun a todas las calles atravesadas. ¡Qué no se veria en ellas!

Por el fondo del Cuartel, *las pesebreras de las mulas*, cerraban la calle del Chirimoyo, i sin mas division que bajos muros medianeros i derruídos, seguian las mismas casas que allí están todavía con el polvo de aquel dia o de otros anteriores.

Todo lo demas, tenia la misma distribucion ...al, salvo la iglesia de San Juan de Dios, ...os planos dibujó nada ménos que el autor

de la Moneda i de la casa de Alcalde en la calle de la Merced,—que estaba inconclusa, la ocupaba la *bodega* de Cueto, i hoi luce por torre un cucurucho que ni de pastelería.

Tal era el campo de batalla.

XVII

Uds. creerán que en llegando, se rompió el fuego; pero no fué así.

Habia que proceder a la francesa, construyendo barricadas, i de esto se hizo cargo el autor de la idea, Bilbao, que las traia frescas de Paris; pero ignorando que el roto chileno no es soldado de trincheras, sino de asalto i campo raso.

Saqueando la bodega del señor Cueto, con tablas i sacos de nueces, se hizo con tanta lijereza de material como de tiempo, una barda contra la *artillería*....

Estas nueces, el pan de un petaquero, que pagó don Nicolas Figueroa, unas sandías que compró don Antonio Larrain, i pisco que repartian algunos, fueron el único i primer almuerzo de aquella tropa que estaba con las armas en la mano desde la una de la mañana; de modo, pues, que lo mas sólido del parapeto, pasó al estómago de sus defensores.

Nadie hubiera creido que de ahí, de esas bocas llenas, saliera luego un combate.

En esto se divisó un jinete que en traje de [illegible]o pasaba al galope por frente de la Arti-

llería, i llegaba a nuestras filas. No hubo mas que una esclamacion de gozo:

—Miguel!—decian los cabecillas.

Era Miguel Lazo que desde sus minas del Cajon de Maipo, venia a juntarse con su hermano i con los suyos.

Pero como para tapar i responder a este reto, pronto apareció por el lado del sendero del cerro, un nuevo jinete, a medias cubierto por su emboso i la ancha ala del sombrero.

Con toda calma se detuvo a unos cincuenta pasos de nuestras filas mas avanzadas. Creyéndolo un partidario o un curioso, reprochábamos su imprudencia, cuando de repente se vino encima de la compañía de Carabineros.

Se oyeron a un tiempo, la voz de:

—Tercien, armas!—que gritó el del sombrero con acento de veterano,—i a continuacion un balazo, i acto seguido, entre el humo, vimos que el jinete. a lo largo sobre el cuello del caballo, arrancó a escape hácia el Cuartel.

Nos quedamos pasmados!

Eran, mi amigo, los jefes del Valdivia que volvian por su cuerpo, como queriendo robarle los huevos al águila.

Era Basilio Urrutia, segundo del Valdivia.

Búlnes, sin decir palabra, cuando se presentó Unzueta con sus oficiales a darle cuenta la salida de su batallon, oyó el relato, i p

toda respuesta les ordenó encerrarse en la Artillería, a las órdenes de Maturana.

Desde allí reconoció Urrutia a los soldados de su compañia, pidió una manta i un caballo, i salió a la calle, con la empresa de borrar lo pasado.

Se detuvo donde les digo; pero así como él reconoció a los suyos, parece que uno de éstos le descubrió a él tras del disfraz.—Sus grandes bigotes lo vendian.

El soldado lo miró fijamente, i llevando la mano al cañon de su fusil, a la altura del corazon, puso el arma en descanso; tocó con el codo al compañero del lado, el cual hizo lo mismo.

Entónces Urrutia, arrojando embosos, remató su caballo al frente de su compañia. Esta vaciló como un solo hombre en presencia de aquel héroe, soldado del Valdivia desde el año 37, que uno contra quinientos, repetia ahora en la Cañada, la hazaña que hiciera en la batalla de Guias, cuando con un puñado de los mismos que allí estaban, se lanzó a la barranca del Rimac a cortar un batallon entero.

El sarjento Juan de Dios Fuentes, que donde ponia el ojo ponia las balas, viendo la avería pintada, se echó el fusil a la cara: fallóle el tiro; un paisano, mas *afortunado*, logró dispa- el suyo; pero la bala fué a herir a un cu-

rioso que de a caballo, miraba desde una boca-calle.

Murió éste en el acto; porque aquellas balas, que ademas de enormes, estaban todas oxidadas, hacian pocos heridos.

Se contó en Santiago, i fué verdad, que el caballo se apareció a la casa de su dueño con aquel cadáver, ya ríjido, que en una crispacion de nervios habia quedado con las uñas clavadas en el cuello del animal.

Tambien aseguran; pero yo no lo ví,—que sobre la lápida de este infortunado jóven, pusieron en el Cementerio este epitafio, que, por lo demas, estaba mui en la retórica de la época:

Murió el 20 de Abril
de un balazo en el cuadril!

XVIII

Aun cuando el heróico intento de Basilio Urrutia,—Urrutia era de Parral i contaba en esa mañana 34 años de edad,—no tuvo éxito, sirvió, a lo ménos, para prevenir al Valdivia que dentro del Cuartel que iba a atacar, estaban sus capitanes mas antiguos, valientes i queridos, como Barbosa i aquél.—Esto debió determinar muchos tiros al aire.

Urriola, entre tanto, habia establecido su cuartel jeneral en la casa que forma la otra esquina de la calle de las Claras, perteneciente a don Isidoro Herrera, hijo de doña Pabla Jara.

Cada vez mas angustiado, el Coronel preguntó por Ugarte.—Aquel aparato de combate, que debia traer a su memoria la imájen de otras batallas, en las que habia sido un bravo, léjos de animarlo, concluyó de aturdirlo. Parecia aplastado bajo el peso de la situacion creada.

Ugarte, a su vez, llegó preguntando por él.

Venia de la Cárcel.—Notando los presos que la guardia abandonaba su puesto, desempedraron el patio i se lanzaron a las puertas.

Advertido Ugarte, pidió refuerzos al cuartel de serenos, i él en persona reprimió el motin.

La entrevista de ambos caudillos, en la botica de Vasquez, fué un rudo rompimiento, del cual se impuso la misma tropa. El sarjento Niño del Valdivia, en la declaracion que prestó despues, pintó a Ugarte i esta escena con estas palabras: «Un caballero alto, delgado, flaco, frenton, vestido de negro, habló al Coronel Urriola en términos fuertes, como reconviniéndole por su poca enerjía, para que desde luego ordenase acometer a la tropa, echando abajo las paredes del cuartel de Artillería.»

Se convino, al cabo, en enviar a Maturana un parlamentario que «a nombre del pueblo», le exijiera la entrega de su puesto.—Maturana, midiendo de alto a abajo al cívico oficial que le hablaba de rendirse, respondió conteniendo el justo agravio de tamaña injuria, que el cuartel pertenecia al Gobierno i no lo entregaria sino al Presidente de la República.

Ugarte, exasperado de cólera, gritaba que tantas tardanzas, traicionaban la revolucion.

Urriola hablaba con don Cárlos Swimburn que desde hacia ocho años, ya vivia en las vecindades de su calle del Cármen, cuando un oficial le anunció que Búlnes venia por la de Morandé.

—Comenzará el baile!—dijo Urriola a Don Cárlos, apartándose para dar sus órdenes.

Pero lo que iba a comenzar era el principio del fin.

—Adelante!—gritó el jefe a la tropa

—Adelante, mi jeneral!—respondieron algunos Valdivias entusiasmados, avanzando por entre los troncos, los kepís en la punta de las bayonetas.

Se esperaba la voz de ¡fuego! pero el Valdivia, guiado por su caudillo, torció tranquilamente a la izguierda, metiéndose al callejon de las Recojidas.

Por ese lado, el Cuartel no tenia sino una puerta i ventanillas enrejadas de prision, allá junto al alero.

Al ver esta maniobra, Benjamin Videla salió de las filas del Valdivia, i encarándose con su jefe, le preguntó con arrogancia que cuál era su plan.

—Rendir el cuartel sin disparar un tiro, contestóle Urriola reposadamente.

Entónces Videla le indicó la conveniencia de dominar al ménos los patios del cuartel, ocupando los tejados de las casas vecinas, i habiéndosele confiado esta comision, luego se le vió trepar a la cabeza de la Compañia de Carabineros.

Otro propuso incendiar el edificio, i acep-.da tambien la idea, unos que no quiero nom-

brar se fueron por aguarras a la botica de don Anjel Vasquez, en la misma Cañada; pronto volvieron, se empaparon unas camisas i se arrimó una escala al muro.

La operacion era de lo mas sencillo: bastaba echar un trapo ardiendo sobre la estopa de aquellos aleros en que se anidaban todos los murciélagos de la noche.

A todo esto, los de adentro parecian muertos.

Puesta la escala, subió un miño; sonó un tiro tras de una rejilla i el niño rodó al suelo, cubierto de sangre.

Entónces sin vacilar, trepó un viejo, ambos del pueblo; resonó otro disparo, i el viejo cayó dándose vueltas.

Con lo cual salvó la Artillería, el Valdivia, los que allí estábamos i una parte de la ciudad; porque en el polvorin, próximo al muro de la intentona, habia cincuenta quintales de pólvora!...

—Un cañonazo enviado al cielo! me decia Francisco de Paula Matta, admirado de que se hubiera permitido semejante locura.

No se confirmó el avance de Búlnes; pero sí aparecieron, entre los peñascos del cerro, los pantalones colorados del Chacabuco, que iba en socorro de los artilleros. La distancia era tan poca que desde abajo se conocia perfectamente la figura del comandante Videla Gu

man, puesto así cara a cara, espada en mano contra Urriola, a quien llamaba su padre, mas no su jefe.

Siguió una escena de gritos i de vivas, convidando al Chacabuco con señales de pañuelos, como hacen los niños cuanda pasa el tren. Urriola llamó tambien con su espada.

Videla, impasible, desplegó su tropa en los dos castillos,—el *Nuevo* (el restaurant) que dominaba la entrada del Alto del Puerto, i el *Viejo* (el teatro actual), que quedaba encima del Cuartel, ámbos destruidos ahora por construcciones miserables que no reemplazan a esas láminas tan vivas i características de nuestra Edad Media.

Durante siglos, en esas terrazas señoriales, jugaron todos los niños de Santiago... ¡Si al ménos devolviéramos al Cerro su melancólico nombre araucano:

Huelen! Dolor!

Pero, sigamos, amigo...

Como todavía no estábamos curados de ilusiones, se envió al Castillo viejo al Teniente Merino del Chacabuco para que se *conquistara* a su jefe i a sus compañeros.

—A su puesto!—le gritó Videla con voz que se oyó en el plan.

I Merino, a lo choco, se incorporó a sus filas. Los soldados del Chacabuco comenzaron a buscar colocaciones como elijiendo blancos

sobre la tropa que ocupaba los tejados cercanos.

El combate era inminente. Ya nos parecia sentir el tiroteo, cuando Urriola, presintiendo lo mismo, ordenó a Videla desocupar los techos.

Videla bajó en silencio, pero llegando hasta aquél, arrojó su kepís, partió su espada, i cegado por la rabia, ya sin respeto alguno, le gritó en la cara:

—Usted nos pierde porque quiere!

Todos nos miramos. Urriola era bravo i violento como el que mas; pero no hubo nada.

Se tocó marcha, sonó la música, i el Valdivia, cuartas en líneas, siguió hasta el rio; en la calle de la Universidad—Agustinas,—converjió a la izquierda, para abajo...

¿Iba ahora sobre la Moneda en busca de un duelo qne salvara el honor comprometido, lavando lo pasado?

Pero torció de nuevo a la izquierda, por la calle de las Claras, i dando una vuelta en redondo, volvió a ocupar las mismas posiciones que tenia a las siete de la mañana, frente a la casn del doctor Palma.

Solo qne ahora eran las nueve en el reloj de San Francisco...

Al ver esto, Ugarte que habia permanecido sentado en la botica de Vasquez, bebiendo tazas de goma para calmar sus crueles dolores,

se acercó febrilmente al Coronel Arteaga, que venia llegando.

Se dijo entónces que el Coronel iba preparado para entrar al combate; pero minutos ántes, don José Besa que estaba en la puerta dc su almacen, en la calle de San Antonio, le habia visto pasar tranquilamente, envuelto en un carpin militar, con la indiferiencia de un simple curioso.

—Urriola nos ha perdido, le dijo Ugarte, i usted es el único que puede salvarnos.

Ugarte debia tener el don de persuadir; porque Arteaga, a quien sobraban motivos para estar resentido con Urriola por la injuriosa reserva que éste observara con él, no diciéndole una palabra de lo que pensaba, habiendo estado juntos hasta tarde de la noche anterior en su propia casa—i que era ademas un militar de órden, tan ilustrado como pundonoroso, terminó por decir a Ugarte.—Vamos!

Momentos despues, una bala traspasaba el cuerpo del infortunado Urriola; pero, muerto, no quedó tan lívido como cuando Ugarte le indicó a tropezones que era conveniente descansara de sus fatigas... i que el coronel Arteaga... se haria cargo del ataque a la Artillería.

Las palabras se le añudaron en la garganta al caudillo; tenia la boca seca; al fin pudo articular:

—Está bien!—i ordenó a Pantoja diera a reconocer al nuevo jefe.

Arteaga, con su prudencia, dejó allí su capa, se avanzó a la division i en una arenga de verdadero tribuno, que se oia a lo léjos, animó a los soldados a marchar de frente sobre el puñado que defendia la Artillería.

Reanimados con estas palabras, contestaron con grandes vivas, i como Arteaga se puso a la cabeza, todos lo siguieron; porque, mi amigo, aquí los rotos para pelear no exijen mas garantias que el que manda vaya adelante.

Recuerdo mui bien la figura del Coronel Arteaga en ese momento: vestía frac azul con botones amarillos i pantalon oscuro. De la gorra no sé: unos dicen que llevaba kepís galoneado; i otros afirman que ahí mismo le pasaron el de un policial; pero me parece difícil que andando por las calles en una hora de revuelta, no llevara un distintivo que lo diera a conocer de los soldados.

XIX

A ese tiempo, sentimos ruidos de cajas que sonaban en la calle del Chirimoyo. Separado ya de Beltran, corrí con un grupo de curiosos a ver lo que sucedia: nos pareció que todo un ejército se dirijia al Cuartel de Artillería.

En el acto conocimos a los cívicos, i como éstos eran todos de La Igualdad, nos pareció al principio que talvez iban en apoyo de Urriola; mas luego salimos del error, viendo a los que mandaban esa gruesa columna, que no bajaria de unos novecientos hombres.

La jente que atestaba la boca-calle, iba nombrando a los que pasaban, con los comentarios obligados de tales desfiles:

—Ignacio Ortúzar con el uno cívico.

—Monttista acérrimo!—agregó otra voz.

—Alejandro Vial de teniente!—dijo otro.

Siguieron los números 2, 3, 4 i 5 de guardias nacionales, i los mirones seguian nombrando respectivamente a los jefes i oficiales:

—Víctor Borgoño.

—Santiago Amengual.

—El Coronel García.

—Erasmo Escala.

—Márcos Maturana.
—Máximo Argüelles.
—Toledo.
—Cesáreo Peña i Lillo.

Aquello no acababa nunca.

La tropa dobló a la derecha por la calle de las Recojidas, i un conocido que venia de la Moneda me contó lo que habia pasado allí.

—Búlnes se habrá quedado solo?—le pregunté.

—La Moneda es un castillo—me respondió. No se ven mas que soldados en las ventanas, techos i casas vecinas. Granaderos sigue en la plazuela con la reserva de línea.

Porque la del diablo es que Búlnes hizo tocar jenerala en los cuarteles cívicos i los cívicos fueron cayendo como moscas, por la costumbre i porque los mandan, i ahí tiene Ud. que la Sociedad de la Igualdad, que ha armado este bochinche, va ahora a batirse por el Gobierno contra sus jefes i su causa; pues éstos que han pasado, salvo unos cien voluntarios de la Bomba, que cierran la columna, son matemáticamente la quinta parte de los cinco mil de la cofradía del hermano Bilbao. Hágame Ud. patria! Con decirle que don Pedro Fontecillas, ese coronel viejito que pasó atras, trajo de Yungai casi íntegro el número 5!...

I siguió contándome que el Consejo de Estado estaba reunido; que Búlnes, en la silla

del caballo, habia firmado el decreto en que se declaraba a Santiago en estado de sitio; que Sarmiento habia redactado una proclama con muchos ¡ayes! que Granaderos habia dado una correteada hasta la calle del Estado, donde sonaron unos escopetazos; que todo estaba mui tranquilo cuando uno llegó con la noticia de que la Artillería ardia por las cuatro puntas; que en ese momento se presentó el coronel retirado don Manuel García, i que Búlnes, enfurecido con la noticia del incendio, dióle en el acto la órden de marchar con todos los nacionales en socorro de Maturana, el cual estaba mui tranquilo i no necesitaba para nada a esa manga de milicianos que se le habia de enredar bien pronto entre las piernas, golpeada por delante i retaguardia, por amigos i enemigos en la trampa de la calle de las Recojidas, donde se metió como en un cajon de muerto.

I se metió en tanta confusion i apretura, que una bala no tenia materialmente por donde pasar, sin herir a dos o tres.

—Bueno el piño!—esclamó un roto.

I una vieja que estaba fumando, con trazas de opositora, agregó con cierta lástima:

—Huevos para tortilla!

I como canto del chuncho, fué el pronóstico de aquella bruja!...

XX

Para no dejar nada atrás, les contaré que las fuerzas encargadas de defender la Moneda, cuando salió la columna de García, quedaron al mando de Andres Gazmuri, sarjento mayor del ejército.

Gazmuri se habia hecho acreedor a esta distincion por haber sido él quien organizó la partida de serenos que desfiló por la Plaza cuando todavía estábamos en dimes i diretes.

Pedro Leon Gallo era teniente de este cuerpo, así como su hermano Anjel Custodio era el bizarro comandante del 4.º de guardias nacionales.

Este último no tomó parte en estos sucesos por hallarse en Valparaiso; pero Pedro Leon, ántes de recibir el encargo de vijilar las habitaciones de la Presidencia, habia servido de ayudante voluntario a José Maria Silva Chavez, con el cual debia encontrarse, años mas tarde, de jeneral a jeneral, en el campo de *Los Loros:* Silva como jefe de las tropas del Gobierno, i Gallo como caudillo de los mineros [que s]e levantara contra el Presidente Montt.

—Pero, don Panchito,—pregunté yo,—a

todo esto ¿cómo estaba Maturana i qué hacia dentro de su conejera?

—Tienes razon,—me respondió.

Maturana se encontraba a esa hora dentro de su cuartel, como el pez en el agua.

Habiendo aceptado su puesto en aquel duelo cuando solo tenia de treinta a cuarenta hombres, hallábase ahora al frente de un ejército.

—¿Con la columna de cívicos?

—¡Qué cívicos!—El no pidió este refuerzo, ni supo que le llegaba; porque Búlnes descuidó el advertírselo, i a cstar prevenido, lo hubiera rechazado, sin duda alguna; pues dentro de su cuartel ya no cabia mas jente.

Al encerrarse en el recinto que defendia, adoptó todas las disposiciones estratéjicas que le indicaba su esperiencia; pero... en miniatura, reducidas a la ínfima escala de sus cortos medios.

Así fué que cuando Videla Guzman llegó al cerro, encontró ocupado el Castillo Viejo por una fuerza de *ocho* artilleros que Maturana habia destacado desde temprano para no ser flanqueado.

Allí quedaron todos esperando que Urriola descubriera su juego, i en cuanto vieron que el Valdivia desaparecia en la calle de las Recojidas para dar aquella vuelta en redond Videla i los suyos, saltando de peña en peñ

se descolgaron a brincos por los flancos del cerro, i entraron al Cuartel, a tiempo cabalmente que intentaban incendiarlo.

Este refuerzo milagroso fué pronto destribuido en los tres patios del edificio, que eran: el de la *guardia*, en la Alameda; el de la *maestranza* en el centro, i el de las *mulas*, al fondo.

De la pieza de la mayoría se hizo un reducto especial, antes que de polvorin; porque en aquella habia en onzas de 17 pesos dos reales, unos treinta mil pesos, que eran el mayor sobresalto de Maturana—mas que los 50 quintales de pólvora.

En esta virtud, el parlamentario Merino con un piquete del Chacabuco, recibió órden de morir en sus sagrados umbrales.—La caja del cuerpo, como ahora los libros de comercio en los casos de incendio, tenia que salir intacta para evitar los díceres.

En todo, unos trescientos hombres, con los cuales Maturana se consideraba tan seguro como San Pedro en Roma.

XXI

Cojiendo un papel, don Panchito nos dijo:

—«Oigamos lo que Vicuña me escribió sobre uno de los episodios mas interesantes de este drama de algunas horas,—i pasó el papel a Beatriz, la cual con una vocecita que me parece estar oyendo, comenzó a leer.

—Pero tengan presente,—interrumpió el romancero—que esto encaja en el instante preciso en que Ugarte depone del mando a Urriola i García desfila con su masa de milicianos por la calle del Chirimoyo.—¿Están?

—Estamos, señor!

—«Habíase quedado el desgraciado Urriola—cantó Beatriz—apoyado en su espada, en una actitud meditabunda, abatida, casi insensible, cuando los toques de marcha de la division García, al pasar a dos cuadras de distancia por la boca-calle de las Claras, vino a herri el tímpano de su oido esperto en señales de guerra.

—«Qué es eso?—preguntó el caudillo a los que le rodeaban.

—Son las tropas del Gobierno que vienen...

—Que van,—corrijió don Panchito; puesto

que aquellas estaban ya mas arriba que Urriola.

—«Que van,—continuó Beatriz,—a reforzar la Artillería, le contestaron varias voces.

«Irguióse entónces la talla encorvada del caudillo, su rostro empalidecido se iluminó como al contacto de una llamarada de sangre, sus labios comprimidos i manchados a trechos de sanguinosa saliva (Beatriz hizo un puchero) se dilataron como para absorber mas libremente el aire, i personas que le vieron de cerca i estudiaron con tranquilidad su fisonomía, como Manuel Recabárren i Videla, aseguran que el carmin volvió a las blancas mejillas del soldado, como si su sangre paralizada hubiese vuelto a tomar su antiguo curso.

«Era que el soldado habia revivido otra vez en el caudillo que la responsabilidad i el destino traian agobiado hasta la abdicacion. El Coronel Urriola resucitaba para morir.»

—Bien!—dijo el viejo. I valgan las últimas palabras por la puntuacion que falte.

Ahora agrego yo de mi cuenta:

En tono de favor, Urriola invitó a Videla para ir con su compañía a atacar por retaguardia a los milicianos; Videla que no deseaba otra cosa, se puso a sus órdenes con tanto mas gusto cuanto que le remordia la conciencia por la dureza con que habia tratado a su jefe,—él que era un niño,—i en el acto se envió un soldado a dar cuenta al Coronel Arteaga de la

maniobra, a fin de que él la completara con su tropa, tapando la salida a la Cañada.

Te diré, Beatriz, que este Videla, a quien despues de Loncomilla llamaron el Cojo, a causa de una de las heridas mas gloriosas que puede recibir un soldado, era mui buen mozo, como Recabárren, Bilbao, Juan Bello, Santiago Herrera, Escala, Amengual i el mismo Urriola.

—Me alegro por mi abuelita!—contestó la niña, tomándome bajo su amparo.

—Sin esperar respuesta, Urriola i Videla se largaron al trote. Me tocó verlos pasar. Urriola, grande i gordo, jadeaba un poco, mas no se quedaba atras; Videla, jóven, delgado i de piernas largas, contenia sus trancos para no arrebatarle el primer puesto. Lo mismo hacian Recabárren i José Luis Claro, que iban a su lado.

Lo particular del caso, i esto lo advertí durante toda la jornada, era que esa tropa que corria a una sorpresa, corria al trote de cornetas, como si por un pacto tácito, ambos bandos hubieran convenido en no pegarse sin prévio aviso. No habia tal pacto, ciertamente; pero el hecho es que Búlnes i Urriola, despreciaron la ventaja del que pega primero, i con igual grandeza de alma, uno i otro se excedieron en evitar la sangre, i por esto el Jeneral no salió de la defensiva sino cuando el falso

aviso de que se habia cometido el crímen de incendiar la Artillería, le sacó de tino; i el Coronel, por su parte, solo recobró la vida i su coraje reconocido cuando se vió atacado.

Al pasar, me hizo la impresion de un héroe, i no se me olvidará nunca su cara; porque en ese momento representaba bien gallardamente, el valor militar en toda su voronil belleza.

XXII

Mi amigo calló un rato; se atusó el blanco bigote i despues, tras hondo suspiro, esclamó:

—Qué es la vida?—Qué distancia media entre la gloria i la infamia, entre lo ridículo i lo sublime? Si hai muchos hombres que se van de este mundo al otro sin haber demostrado los talentos que tenian, del propio modo ¡qué de cosas no se quedan ante ese *tris* de que dependen tantas cosas de esta vida! Si la mula de San Martin, por ejemplo, rueda en un paso de la Cordillera, si Prat cae al agua, acaso su historia no ocuparia mas de un renglon en un parte de batalla.

Digo que mas léjos estaba el Capitolio de la mentada roca Tarpeya, que Urriola de la Moneda i de la gloria, en el instante en que le ví pasar a saltos de tigre,—radiante, feliz, embriagado, rejuvenecido con las emociones de la lucha.

Doblaba hácia la calle de las Recojidas para caer con su banda de ájiles alcones sobre la nata de cívicos, cuando se le interpuso un policial.

Mas con todo ¿qué importaba un paco? Po-

dia él solo detener el empuje de aquellos bravos que iban a lavar con sangre sus armas empañadas?

Pero aquel humilde i oscuro guardian era la muerte escondida, el tris cruel i burlesco en que se empiolan tantas águilas al tender sus alas!

Arrancando desatentado del tumulto i viendo otro por delante, a tontas i a locas, de seguro mas aturdido que valiente, disparó aquél su carabina, sin apuntar a nadie, sin detener siquiera su caballo.

Nadie acababa de darse cuenta de lo que ocurria, cuando se vió bambolear a Urriola, i en seguida, desplomándose, azotar la cara contra el canto de la acera.

Videla, Recabárren i Claro, se precipitaron a levantarlo.—Aun creyeron en una caída casual.

Pero se habia cumplido un destino!

Saliendo del vientre la sangre a chorros, humeando sobre las piedras heladas,—Urriola con el mismo hipo del policial que sostuviera en sus brazos, en la botica de Barrios, en el primer acto de su trajedia,

—No me abandonen!—dijo, i su bella cabeza se dobló lánguidamente, cual una flor, i su puño de leon soltó la espada que no habia querido esgrimir contra hermanos al comenzar la noche.

XXIII

Nunca se supo el nombre de aquel oscuro instrumento de las Parcas misteriosas.

Miguel Guajardo, dijeron algunos.

Al dia siguiente murió en el hospital sin volver en sí: estaba literalmente acribillado a tajos de bayoneta i a balazos disparados a quema ropa, sobre el suelo, indefenso, uno contra ciento.

Su caballo, mas feliz, espiró allí mismo, víctima tambien de la saña de la tropa.

¡Qué iniquidad es la guerra i qué fiera inmunda el hombre, cuando ella suelta i azuza sus pasiones!

¡Cuánta sangre, cuántas lágrimas, cuántos duelos injustos!

¡Qué de miserias, odios, rencores i crueldades por un acto de grandeza allá a las perdidas!

I luego el furor implacable de los que a la segura se avalanzan sobre los caidos,—los cuervos, los perros, los pasados, los escondidos!

¡Todos los cobardes!

I mi noble viejo se quedó pensativo.

....

Despues nos dijo como espantando negras visiones:

—Creo, niños, que el ponche se me ha ido a la cabeza; porque me pongo triste, i en mis tiempos, yo las lloraba...

XXIV

¿Qué hacer con Urriola moribundo? Se miró a todos lados i todas las puertas aparecian cerradas.—Temiendo llegaran de un instante a otro, tropas del gobierno, echaron a andar con su cuerpo en brazos por la calle de las Claras; pero como la agonia era cada vez mas visible, hubo que detenerse.

A golpes de fusil, a la desesperada, un soldado abrió la puerta de una casita vieja i pobre, a pocos pasos antes de llegar a la calle de Los Huérfanos.

—No nos maten, señor!—gritaron unas infelices mujeres que estaban dentro.

Pero impuestas del triste suceso, volvieron al punto, cerraron la puerta, sacaron sus alfombras de iglesia para recostar al herido, i sobre ese lecho de caridad i de ocasion, en una humilde salita, allí espiró, minutos despues, el glorioso veterano, sin exhalar una queja.

Durante muchos años, la imajinacion popular se entretuvo en tejer mil leyendas sobre la muerte de Urriola.—El suceso habia ocurrido a la luz del dia i en presencia de muchos testigos. Sin embargo, continuaba siendo un

punto oscuro i hasta sospechoso para la muchedumbre.

Se dijo, desde luego, que habia sido herido por la espalda, a traicion, por uno de los cívicos, en la calle de las Recojidas, a donde Urriola no alcanzó a llegar.

Otro rumor hizo correr que de la Moneda se habia despachado para matarlo a un Sarjento de granaderos, que no erraba tiro.

Los diarios del Gobierno, por su parte, publicaron la especie de que Urriola al caer, habia dicho:

—¡Me han engañado!

Pero esto último no era mas que una apreciacion de las cosas, entregada a la conciencia de los organizadores de la revuelta como testo de meditaciones i de enmienda.

Aun se corrió por algun tiempo que el Coronel estaba vivo; que el cadáver que habian llevado a San Agustin era el de un soldado al cual habian vestido con su uniforme.

I con esa prolijidad que aquí tienen para mentir, daban hasta el nombre de la mujer que, a hurtadillas, lavaba la ropa ensangrentada.

Pero esto no fué todo.

Un astrónomo yankee, mister Gilliss, Teniente de marina, en una obra que escribió mas tarde acerca de su permanencia en Chile, hablando de estos mismos sucesos, que él presen-

ciara desde las cumbres del Huelen, donde tenia su observatorio,—aseguró que Urriola habia recibido de los opositores la cantidad de quince mil pesos por hacer la revolucion.

Todo el dinero que tocó Urriola con sus manos fué la suma de ochocientos pesos, que suministró Félix Mackenna, para ser entregada en la misma tarde del 19 de Abril, al capitan Gonzalez, del Chacabuco, que la pidió para tapar un saldo de caja.

Tácitamente, ésta fué tambien la única condicion que puso este último para entregar su batallon; pero habiendo perdido al monte, en su cuarto de guardia, la mayor parte de los ochocientos pesos,—con mejor acuerdo determinó cubrirse con la recompensa que el Gobierno acordaria seguramente a su fidelidad.

En cuanto al yankee aquél, hizo bien en no aportarse mas por estas tierras; porque hasta los chiquillos de la calle le habrian escupido la cara por calumniador, tanto mas villano cuanto que conocia la situacion personal de Urriola i las circunstancias que habian mediado para ponerlo al frente de la revuelta.

Recabárren, Claro i el corneta de órdenes, Daniel Sepúlveda, quedaron velando el cadáver en compañía de las piadosas señoras, hasta que llegó el momento de ponerse en salvo: la policía estaba a la puerta i fué menester saltar las paredes del fondo, hácia la calle del Breton,

cayendo a la casa de don Manuel Antonio Moreno, que los amparó jenerosamente.

I de allí Recabárren salió para Polpaico, i de Polpaico al Perú, camino del destierro.

XXV

Videla volvió la cabeza i vió a su jefe caido, cubierto de sangre; pero en la guerra no se espera a los que caen i siguió adelante con sus soldados.

Al torcer la esquina, se detuvo.

—Fuego!—gritó,—i como si aquella horrible descarga sobre esa masa compacta, fuera una señal,—otra no ménos espantosa, resonó en respuesta, en la boca de la Cañada.

Era Arteaga que llegaba puntualmente a la cita dada por Urriola momentos ántes.

La columna de cívicos, embutida en la callejuela de las Recojidas, quedó así cruzada por las descargas de dos secciones del Valdivia, que la fusilaban pausadamente, sin perder un tiro.

Lo que siguió no tiene descripcion posible.

Años despues, el incendio de la Compañía me sujirió algunas comparaciones con el instante en que las mujeres, enloquecidas por el terror, golpeaban las puertas, arañaban las paredes, i como un nudo de sierpes, rodaban en montones por el suelo, al clamor de una sola e inmensa agonía.

Olas de hombres desesperados, unas tras otras, precipitábanse sobre la única puerta, pidiendo entre súplicas i juramentos que abrieran.

—Somos amigos!—gritaban mil voces enronquecidas.

Pero la puerta, a cuyos barrotes habia confiado el Coronel Maturana su principal defensa, seguia impasible.

Por otra parte, adentro ignoraban de qué se trataba.—Oian el tiroteo que los Valdivias continuaban implacablemente; pero no sabian si los golpes eran de amigos que pedian socorro, o de enemigos que intentaban echarla abajo.—Esto último era lo mas verosímil, desde que Maturana ignoraba el triste arribo de aquellos cívicos—dos veces desdichados.

Escala i Maturana atascados con sus piezas entre aquella muchedumbre, rujian de cólera en la desesperacion de verse enredados como entre las algas de un charco.

Dos o tres veces, clavaron sus caballos para saltar sobre esa valla que les sujetaba el paso, i llegar a la Cañada con sus cañones a limpiar el frente de su casa. Pero ademas de cruel aquello era imposible.

¡Mil hombres encerrados a lo largo de una cuadra de pocos metros de ancho!

¿Quién conducia esas ovejas a tal matadero?

I mas les hubiera valido que la puerta que

golpeaban no se abriera ni en ese instante ni nunca!

Las municiones del Valdivia iban ya escaseando, puesto que no habian recibido mas que diez tiros por hombre; los cívicos respiraban cuando rechinaron los goznes, se abrió un lado, i cual manga de huracan, de aquella caverna se precipitaron dos piezas de montaña, mandadas por el Capitan José Timoteo Gonzalez.

Abriendo un espacio a puños, cargadas de metralla hasta la boca, i apuntando la una a la derecha i la otra hácia la izquierda,

—Abranse!—gritó Gonzalez a los amigos.

I aquello fué la de Sanson con los filisteos; porque los cívicos no podian abrirse para ningun lado, i pareciéndoles a los cabos de cañon, que Gonzalez al mover los labios, iba a decir únicamente: fuego! pues que para eso habian salido,—atracaron la mecha a la ceba, i una lluvia horrorosa de proyectiles, disparados a boca de jarro i a flor de las cartucheras vírjenes de aquellos pacíficos artesanos, los abrió como quien dice de par en par.

Hácia la Cañada quedó entónces un claro.

—Ahora!—Adelante!—mandó Escala, precipitándose el primero por el boquete humano, entre el humo, la sangre, los sesos, las tripas de los ametrallados i el tropel de los que, locos de espanto, se lanzaban tambien a la Cañada.

En llegando a la esquina, colocaron los obuses sobre el puente de la acequia i apuntando Escala el uno, i Maturana el otro, apeados de sus caballos, rompieron el fuego sobre la division que conducia Arteaga.

De tal modo fué súbita i violenta esa maniobra, que la jente que seguia estas peripecias desde los árboles, boca-calles i casas vecinas, por mucho tiempo perjuraba asegurando que habian visto salir los obuses por la puerta principal del Cuartel, la que se habia abierto i cerrado en un Jesus.

Una pura ilusion!

Pero mientras Escala i Maturana cruzaban así sus cuerpos sobre el umbral de su Cuartel, en la calle atravezada proseguia la confusion de los que lograban entrar, llevando la catástrofe a los que estaban dentro.

Se veia llegar a los heridos pidiendo socorro, rodando por el suelo, i a los buenos, arrojando sus uniformes i escondiéndose tras de los artilleros, que no sabian de dónde surjia ese alud, ni qué proporciones tenia el siniestro que así lo espantaba.

Otros subian por encima de los caidos i salvando murallas, corrian hácia el cerro; echaban abajo las puertas de las casas o se deslizaban por las acequias, en tanto que sobre el suelo yacian muertos o agonizantes, mui cerca de cien cívicos.

A los pobres se les reconocia a la legua por el pantalon blanco, de rigor, aun en el rigor del invierno.

El coronel García, que fué uno de los primeros que entraron al Cuartel, por la puerta lateral, se dió un récio golpe en el hombro en el estrecho i oscuro zaguan, contra una viga.—Al Comandante Santiago Salamanca le mataron el caballo.

Casi todos los oficiales cívicos fueron estropeados por su misma tropa, al arrancar. Heridos de bala quedaron el poeta José Antonio Torres, un sobrino de Pedro Ugarte, Ramon Hurtado, que murió en la misma noche, i el Comandante Ignacio Ortúzar, que recibió un balazo en un pié, escapando mui bien; porque al Sarjento Carrasco que estaba a su lado, un casco de metralla le aventó la cabeza al ras del corbatin.

I cuál mas, cuál menos, casi ninguno escapó ileso.

Pero aun presenciamos otra desgracia mas. ¿Se acuerdan Uds. de aquel anciano Mayor, Don Juan Navarro, que llegó a la Moneda de los primeros, ofreciendo sus servicios a condicion de un caballo que llevara al combate sus cansados huesos?

Pues allí murió víctima de ese mismo caballo.—Espantado el animal por la granizada de Gonzalez i confundiéndose con el tropel de

las piezas que arrastraba Escala, echó a correr para la Cañada.

Al principio, su presencia impuso; pues era hermoso ver a ese jefe solo i anciano, pareciendo desafiar las balas enemigas; pero creyéndolo un héroe provocador como Urrutia, dispararon sobre él, cuando únicamente era un jinete sin fuerzas para contener su briosa montura.

I ahí lo mataron, traicionado por la inevitable debilidad de los años, mas fuerte que la entereza del alma.

XXVI

Videla, sucediendo a Urriola en el mando de la columna envolvente, habia realizado el plan de este último, mas allá de lo que pudieron imajinar los dos.

Búlnes quedaba derrotado en ese punto. Una compañía del Valdivia, al mando de un niño, sin atribularse por la caida del prestijioso jefe que la sacara de su cuartel, con la fianza de su presencia, habia bastado para poner en bochornoso i sangriento desbande a una division de las tres armas, dirijida en persona por un veterano de Maipo i de Pudeto, cual era el Coronel García, el abnegado defensor de Portales en el motin de Quillota i el soldado, en fin, que en Yungai venciera a bayoneta limpia i chilena al ensoberbecido 4.° de Bolivia.

Con esto, la muerte de Urriola quedaba asaz vengada. El charco de su sangre habia desaparecido bajo el oleaje de un mar de sangre... ¡Solo que esta era sangre de humildes artesa- s, arrastrados, compelidos a combatir sin ber hacer uso de las armas por una negocia-

cion política en la que no tenian derecho a dividendo alguno!

I si en un palacio opulento, nobles damas lloraban al infeliz caudillo ¡qué de cuartos redondos no quedaron sin su puntal i se cayeron!...

XXVII

Todo eso por cuenta del combate en la calle de las Recojidas. En la Cañada, lo que ocurria no tenia a mi juicio esplicacion.

Sé que Vicuña sostenia,—acerca de este punto yo no hablé con él,—que en la Cañada las cosas no iban mejor para la causa del Gobierno, i que allí se batia con igual denuedo la mitad del Valdivia.

En lei de verdad, les digo que yo no ví tal cosa i Vicuña ménos, porque a esas horas, dentro del calabozo del Chacabuco en que lo metió Gonzalez, no sabia qué bola le jugaba.

Denuedo habia; pero los soldados que disparaban eran pocos, aunque disparaban bien, hincados, tendidos, parapetados en los troncos, sumidos en el agua, aprovechando todas las ventajas del terreno, que eran muchas.

Gutierrez ocupaba el frente de las calles de Santa Rosa i San Isidro, con sus Chacabucos, que no serian mas de cuarenta, i algunos del Valdivia. Pantoja se batia desde las trincheras de las Claras.

Por aquí i por allá, soldados sueltos i algunos paisanos, disparando de tarde en tarde,

todos sobre aquel heróico grupo de artilleros, que se destacaba en la claridad de la altura del puente.

No espero ver espectáculo mas grandioso e imponente que el de esa lucha tan desigual para ese hermoso puñado de valientes.

I en ningun cuadro de batalla, he visto escena mas viva, militar i pintoresca que aquella.

Las guerrillas de Arteaga se estendian hasta las vecindades del puente, ya apegadas a las paredes de uno i otro costado; ya a la vera de los sauces que orillaban la acequia i a cuya sombra corrian las aguas alegremente,—como todos los dias.

El cuerpo de un Valdivia. muerto cuando desde la misma acequia disparaba su fusil, haciendo un pequeño taco, formó un brazo a la corriente que comensó a inundar las trincheras de Bilbao.—Despues se reconoció en él al cabo Manuel Uribe, al cual se habia visto que cargaba en las filas i para disparar salia al frente, paso a paso, hasta llegar al cauce.

Mui posteriormente se ha arreglado el piso de la Alameda; pero entónces, que todavía era Cañada, iba subiendo hácia la cordillera en planos inclinados que de trecho en trecho se definian claramente, por las líneas del que seguia mar arriba.

El lienzo casi parejo que comenzaba en Sa Juan de Dios i las Claras, terminaba en la es-

quina de la Artillería, de modo que mirando desde las trincheras, el puente del Cuartel, dos veces destacado en alto por el declive i su propia altura, parecia cerrar materialmente el fondo de la calle, dominándola de arriba a abajo.—Detras i a lo léjos, apénas se divisaban las paredes bajas del Cármen Alto, i en seguida las tapias de la chácara de Doña Rosa Bascuñan, Condesa de Quinta Alegre.

Bañadas de sol, destacadas sobre aquel rincon azul, las figuras de los que estaban sobre el puente, aparecian como siluetas medio fundidas en el ambiente.

Casi no se conocian las caras.—Eran bosquejos indecisos i movibles, mui difíciles a la mejor puntería.

Pero esto era de frente; mas perfilándolas por el lado de las calles de Santa Rosa i San Isidro, sobre la tela oscura del cuartel, se distinguian con fatal precision.

I entónces se veia la cavidad tenebrosa del puente; el arco de dos metros, sus altos pretiles i sobre éstos los cuellos largos de los obuses, brillando como espejos; a los lados los sirvientes de las piezas, la mecha o el estopin en la mano, corriendo de las cureñas a los armones i de éstos al zaguan del cuartel; i al pié, por entre los rayos de las grandes ruedas, s tallas esbeltas i arrogantes de Escala i Ma-rana.

Erasmo Escala tenia 26 años, pero ya habia estado con Búlnes en Guías i Yungai.—Era grande, fornido, de ojos azules i patillas rubias.

Parecia que solo una bala de cañon podria derribar ese hermoso jigante, de pecho ancho i tan bravo.

Márcos 2.º Maturana, que le servia de segundo, no ostentaba mas que el delgado galon de subteniente.—Alto como Escala, tenia el cuerpo enjuto i anguloso, un semblante tan risueño i bondadoso, cuanto era adusto el de su padre,—aquel viejo sin miedo, sin odios i sin risas, de bigotes recortados como cepillo i que no se sacaba el corbatin de cuero ni cuando vestia de paisano.

Aquellos niños no habian recibido órden ninguna; viendo en peligro los santos umbrales de un cuartel que fuera su cuna i la de sus padres; que para ellos significaba el templo de sus dioses, de sus banderas i sus glorias,—corrieron a morir atravezados sobre sus puertas, cual si hubieran oido la voz de su madre en peligro.

Los kepís echados hácia atrás, las caras ennegrecidas, la espada colgando al brazo, apuntaban los cañones i a un tiempo resonaban los rujidos que mandaban ¡fuego! i el estruendo de la metralla.

Por un momento todo desaparecia en el puente, tras de las llamaradas i del humo.

Disipado el fogonazo, las guerrillas recostadas al suelo, se enderezaban para disparar a una i a mansalva sobre el centro de la nube.

—¿Cayeron?—preguntaban los Valdivias.

Despejada la humareda, i como en el nimbo radiante de una apoteósis, volvian a verse las dos hermosas figuras,—incendiadas, enfurecidas, ciegas en aquel duelo imposible; pero espartano.

I los viejos sarjentos, aquellas caras venerables, de barbas blancas como senadores romanos, que cuando los veia sobre sus cureñas en las paradas, se me figuraban, algo así como sirvientes antiguos que habian llevado en sus brazos a la Patria cuando era niña,—esas caras se rejuvenecian a la vista de aquellos dos niños i volviendo a sentir las corazonadas de Maipo i Chacabuco, pero ya estenuados de rabia, de años i de fatiga, se abrazaban a sus cañones, i en pos de cada metrallazo, aullaban como fieras, su grito inmortal de guerra:

—¡Viva Chile!

I en sus brazos, por el aire, volvia a su puesto, la pieza que retrocedia.

Catorce artilleros yacian entre tanto, sobre el puente, cuando Escala i Maturana, casi a un tiempo, fueron heridos.—Llevados al cuartel, los reemplazó el teniente Ricardo Merino Bevavente,—otro buen mozo;—pero a los pocos minutos, fué éste derribado por una bala que,

rebotando en una losa, se le metió con pantalon i todo en la rodilla.

Antes de morir, tres dias despues, recibió de una mano querida su ascenso de Capitan, i agonizando besó la hermosa mano i sus despachos.

Los heridas de Escala i Maturana eran leves i luego se volvió a ver al primero, al frente de las piezas; pero un segundo despues, retrocedió bamboleándose; mas no cayó.

Del brazo izquierdo brotaba la sangre a chorros: una bala, entrando por la muñeca, habia salido por la palma de la mano, abriéndola como granada.

La herida era atroz; pero aquellos hombres eran tambien de un temple especial.

Escala, por sus piés se fué a su casa, pasando a buscar a la calle del Breton, al doctor Herzl, el cual impidió la amputacion contra el parecer unánime de los demas médicos, mediante lo cual Escala quedó con ese brazo; pues meses despues, dentro del mismo año, le habian de amputar el derecho, sobre la rueda de una carreta, en Loncomilla.

Maturana, inconmovible en el centro del patio, viendo caer a sus oficiales i soldados, se limitaba a mandar reemplazos i ordenar se redoblara el fuego de la infantería, que desde algunas ventanas i de la garita de la calle del Breton, protejia las dos piezas.

Cuando vió llevar a Merino Benavente i a Escala, paseó en torno suyo su mirada fija i potente, como la luz de una linterna. Buscaba un oficial.

Encontró a su hijo, a quien acababan de vendar.

—Márcos,—le gritó sin una alteracion en la voz: Tú ahora, muchacho!

I Márcos, que no se habia enfriado, se plantó sobre el lomo de aquel puente, que ya no era sino el tablado sangriento de un cadalso sembrado de cadáveres.

I el fuego siguió mas nutrido. Algunas mujeres, las camaradas a quienes entónces llamaban las *rabonas*, cargaban los fusiles de los caidos i los presentaban de repuesto a su hombre para no perder tiempo.

I la brisa dulce de aquella plácida mañana, como un niño inocente que jugueteara en un Cementerio,—llevaba i traia de aquí para allá, encumbrándolos en el aire o arrastrándolos por el suelo, los montones de papeles que arrojaban los asaltantes al romper los cartuchos.

I de los árboles continuaba cayendo una nevada amarilla de ramas i hojas de otoño, que cada racha de metralla arrancaba al pasar.

Alentados con la matanza hecha en la batería, de la calle de San Isidro salieron i avanzaron algunos Valdivias, al mando del sarjento Fuentes que se batia, no ya con valor, sino con

ferocidad cuasi salvaje. Tendidos de cara, dispararon sus armas en un solo tiempo.

Maturana cayó. Recojido por los suyos, fué llevado a su padre. Botaba sangre, en oleadas, por la boca i las espaldas.

—¿En dónde?—preguntó el viejo.

—En el pulmon, señor—respondió el hijo.

El Coronel apartó la cara i no se supo si alguna lágrima rodó tras de la capa de humo i de pólvora que la cubria, dejando ver únicamente las llamaradas de sus ojos.

XXVIII

Decíales há poco que no me esplicaba lo que ocurria en la Cañada, i esto por varias razones.

Por parte de la Artillería, por cuanto aquella lucha heróica, pero brutal, de dos cañones contra guerrillas incrustadas en el suelo o las paredes, no daba mas resultados que el ſusilamiento impune de los artilleros destacados como blanco a las punterías de soldados aguerridos.

Sin saber que el Chacabuco estaba dentro del cuartel, yo temia que, a lo mejor, apareciera Maturana con los reſuerzos que García le habia metido por la puerta de Gonzalez.

Ahora, teniendo la tropa del Chacabuco, unos cuarenta Valdivias i sus cien artilleros ¿por qué no salió, cuando hasta pudo aparecer en las torres i tejados de las Claras como Maruri en Rancagua?

I los temidos granaderos, para cuándo eran? Tanto temor inspiraba este rejimiento, que el que disparaba un tiro, miraba instintivamente ıra atras, creyendo sentir el paso de la carga :l ſrio de aquellas espadas, aſiladas a molejon.

Por el lado nuestro, las cosas no tenian mayor concierto.

Por lo pronto, no se veian jefes, fuera de tres o cuatro, como Pantoja i Fuentes, que peleaban por exaltadas convicciones.—De los soldados, la mayor parte se batia por el arte; otros contemplaban los sucesos sin disparar un tiro.

Con lo que iba corrido quedaba ya a salvo el nombre del renombrado Valdivia.—Si no se habia hecho mas, la culpa no era de ellos.—I para el precio, mui bueno que estaba.

En cuanto a los guerreros de frac azul, levita o de blusa, aquellos que en la Plaza con gran trabajo podian contener su coraje, llegué hasta temer hubieran caido ya, víctimas de ese mismo coraje; pero al pasar por la casa de Herrera tuve la satisfaccion de verlos con tanto entusiasmo que al principio, aunque ahora bajo de techo.

Alijerado de este gran peso, continué buscando a Beltran, ya inquieto por él, cuando divisé a Lillo que salia de la casa del Estado Mayor. No llevaba arma ninguna. Viendo que un Valdivia jóven, apoyado contra la pared de Las Claras no hacia uso de su fusil, se acercó a él i le pidió un tiro. El muchacho cargó i Lillo afirmando el codo izquierdo en la muralla, disparó. Esta operacion se repitió tres veces, quedando siempre Lillo a la pared i el

soldado hácia la calle. A la cuarta vez, el Valdivia, contajiado por aquel valor tan sereno, negó el tiro.

—Ahora yo—dijo, i ocupando el lugar de Lillo, éste se hizo hácia la calle.

El muchacho se echó el fusil al ojo; apuntó... i una bala lo tendió de espaldas.

Lillo lo alzó agonizando i se dirijió con él a casa de Herrera, donde el Estado Mayor se habia encerrado a piedra i lodo, costando un triunfo que recibieran al moribundo. Corrió despues sobre el fusil; pero como no tenia mas que un tiro, tornó a golpear en la casa hasta conseguir que por la nevera le pasaron dos o tres cartuchos del finado.

XXIX

Aconteció aquí una cosa inaudita, que nadie se esperaba.

Callaron de pronto los cañones del puente. ¿Se convencieron, al fin, que las descargas a metralla nada hacian sobre el enemigo por el desnivel violento del terreno, i su ájil destreza de culebras?

No habiendo mas oficiales, i desalentados, al cabo, los artilleros, abandonaron las piezas, i corriéndose al zaguan, cerraron el pesado porton del cuartel.

Un puñado de Valdivias se precipitó entónces sobre los cañones, arrastrándolos en triunfo Cañada abajo, i se oyó un grito inmenso que fué corriendo de grupo en grupo:

—Viva el Valdivia!

—Hemos triunfado!

I como a un toque de corneta, el fuego cesó en toda la línea, i como evocadas por un conjuro, millares de personas, hombres i mujeres, infantes i jinetes, delirando de entusiasmo, todos vencedores, llenaron en un segundo la Cañada.—Las boca-calles descargaban rios que iban a engrosar esa mar de jente.

I cual si nada ocurriera, a favor de este signo de tregua o de triunfo, las campanas de San Francisco comenzaron a llamar apresuradamente para la misa de diez.

Recorriendo el campo de batalla, solo se recojieron por lo pronto cuatro muertos del Valdivia.—Esto aumentó el regocijo.—No se podia obtener una victoria a mas bajo precio, i los vivas redoblaron.—Los que oian de léjos imajinaron otro triunfo; los cañones tomados (que eran dos en la calle de Las Claras), en la del Estado llegaban a seis; en la de Ahumada ya estaban todos los artilleros rendidos, i rodando de corrillo en corrillo, la bola de nieve rebotó en la Moneda en forma de tremendo i derrumbado ventisquero.

I para que no quedara duda, el sarjento Gonzalez, de la escolta, llegó a mata caballo al campamento, con todas las trazas del que ha escapado por milagro de una catástrofe.

Llevado a la presencia de Búlnes, el roto, sin pestañar, refirió de un hilo que la Artillería estaba tomada; que el Valdivia habia entrado al Cuartel, sin perdonar a nadie; que él por sus ojos habia visto el cadáver charqueado del viejo Maturana, al lado del de su hijo...

De las palabras del sarjento no cabia dudar: la hecatombe la tenia pintada en la cara.

I cuando el trovador concluyó su *paya*, todas las miradas se clavaron en Búlnes.—La

situacion volvia a derrumbarse sola i entera sobre sus hombres.

Sintiendo su peso, el Jeneral se afirmó en los estribos, la sangre agolpósele a la cara, i desenvainando por primera vez el sable

—Aquí me quedo!—respondió.

XXX

El tiempo habíase pasado sin sentir.

Era ya tarde.

Don Panchito, bostezando sin disimulo, nos dijo:

—Concluyamos pronto: yo estoi mas cansado que ustedes, i me coloco en primer lugar por órden de cansancio.

Contábales la sacada de sable que hizo Búlnes en respuesta a las miradas interrogativas de los personajes que le rodeaban.

En ese momento, no hai duda que el guerrero se sobrepuso al hombre de Estado; pero, teniendo por cierto lo dicho por el granadero, la prudencia exijia envainar la espada, ahorrando otra lucha incierta, siempre sangrienta, dentro del estrecho recinto de una plazuela.—¿A qué provocar soluciones radicales con elementos improvisados, contra ventajas casuales, i en terreno sin salida, como la Moneda, cuando a un paso estaba la Cañada, ámplia i libre, i detras de ella, Santiago, i al último la República entera?

¿Quién podia decir que la revuelta del Valdivia tenia raices en todo el pais? Las maqui-

naciones de Ugarte, Urriola, Pantoja, Bilbao i otros debian considerarse simplemente como delirios de ideólogos que querian anticipar por la fuerza, con las violencias de un aborto, los frutos de un árbol recien plantado.

Pero la nacion no queria eso; los revolucionarios no interpretaban el sentimiento público, ni siguera la opinion sensata de su propio partido.

Sus avanzadas juveniles, por ilustradas que fueran, no eran, al cabo, el grueso de ese partido, ni lo representaban ni lo habian consultado.

¿A qué fin, entonces, comprometer la estabilidad del Gobierno, en los azares de una lucha cerrada dentro de cuatro paredes?

Todo esto lo parlamentaron en una mirada don Manuel Montt, don Antonio Varas i don Máximo Mujica.

Dando por evidente lo pensado, don Manuel atracó su caballo al de Búlnes i, poniéndole la mano sobre el puño que sujetaba la espada, como quien opone la razon a las pasiones, la lei a la fuerza

—Salgamos de aquí, Jeneral!—le dijo con su voz entera, segura i calmosa,—el acento reposado, acaso solemne, que resonaba todos los dias en el sillon del Presidente de la Corte Suprema de Justicia.

—¡Una fuga!—esclamó Búlnes.

—¡Un cambio de posiciones, Jeneral!—contestó don Antonio, reposadàmente.

—¡Mas campo!—agregó don Máximo, señalando con la mirada las tropas confundidas en el estrecho recinto.

—¡I ménos sangre, Jeneral!—volvió a decir don Manuel.

Esta frase dominó al soldado. El Jeneral cedió su puesto al Presidente.

Estudiando a Búlnes bajo esos dos aspectos, su parecido con Víctor Manuel de Italia, se me representa en el acto: llano, sincero, popular, valiente, heróico, impresionable i sanguíneo, dando mas importancia al fondo que a la forma de las cosas,—luego aparecia en él el hombre de profundo buen sentido, malicioso, sagaz, diplomático, sospechando lo que no sabia, poniéndose a la altura de las mas grandes cuestiones de Estado.

—Salgamos!—dijo por toda respuesta.

Se habló entónces de que allí habia habido caras lívidas de miedo, consejos precipitados i resoluciones inspiradas por el espanto.

Pero Búlnes era el mismo de Yungai; Varas todavía conservaba las zapatillas con que a las tres de la mañana saliera a despertar al Presidente i a su escolta.

Don Manuel con sombrero de pelo i capa, hacia sus cigarritos sin que se le cayera el tabaco, i don Máximo no era hombre de

enredarse en las espuelas ni con mucho.

Detrás de ellos seguia un brillante i numeroso Estado Mayor de Jenerales i de Jefes de todas graduaciones.—Salvo Urriola i Arteaga, todos los jefes del ejército estaban ahí.

Ahí estaban, el Coronel don Pedro Nolasco Vidal, Ministro de Guerra i Marina; los Jenerales don Santiago Aldunate con el cuerpo de oficiales de la Escuela Militar i don José Francisco Gana; los Coroneles don Ramon de la Cavareda, Ballarna, don Miguel Dávila, i los Comandantes Javier Garfias, Torres, Camino, Yánez, Silva Chavez, José Nicolas Prieto i diez o quince mas.

En tropa se veía, aparte de la Escolta i la Columna de Bomberos, el número 3 de cívicos al mando de su comandante don Cárlos Formas; unos cien nacionales de a caballo, los que llamaban *miguelinos* o *paperos* i piquetes sueltos de diversos cuerpos que habian ido congregándose en la Plazuela.

Al propio tiempo llegaron dos correos con pliegos cerrados para el Jeneral.

Uno comunicaba que el batallon Yungai venia de Melipilla en camino; i en el otro, el Gobernador de la Victoria decia que hasta ese momento tenia acuartelados en San Bernardo seiscientos hombres, i que solo esperaba armas, municiones i la órden de ponerse en marcha.

El Gobernador de la Victoria habia sabido

la noticia por una mujer que con las luces del alba salió de Santiago llevando la nueva. Sin guardar mejores datos, el Gobernador hizo tocar llamada a los cívicos i recojer jente.

A todo esto, las razones dadas por don Manuel convencian a los circunstantes.

Habia que poner a salvo de todo capricho de la casualidad o de la suerte, la persona del Presidente que representaba las instituciones del Estado.

La Cañada, que estaba a un paso, no era una fuga, i tenia todas las ventajas de un campo abierto,—abierto sobre todo hácia el camino de Melipilla i de Valparaiso, en caso que al fracaso que lamentaban, siguiera un descalabro contundente.

Se tocó atencion i cada cual se aprontó para la marcha.

Pero ántes de partir, ocurrió una escena digna de la antigüedad.

Sencilla i sublime como todos los arranques verdaderos dèl corazon.

El Coronel don Pedro Nolasco Vidal, que hasta ahí habíase mantenido alejado del grupo directivo, comprendiendo que ya no estaba para esas cosas, fué impuesto por un ayudente del movimiento que se iba a emprender.

—¡Ah, esclamó Vidal; pero yo no puedo subir a caballo!

Vidal era un soldado de la Patria Vieja, i

ademas de anciano, tenia una pierna inútil,—rota por una bala goda, desde sus primeros años.

Cojeando, trabajosamente, i en la angustia de que lo vieran quedarse, se acercó a Búlnes con las cortedades de un recluta que habla a su Jeneral:

—No puedo subir a caballo, señor Presidente,—dijo,—pero yo me haré cargo de la tropa que V. E. designe, i defenderé el Palacio.

I como avergonzado de lo dicho, temeroso talvez de haber pedido mas de lo que merecia, se detuvo un momento, i despues agregó:

—Para esto puedo servir, señor!

—Coronel,... articuló Búlnes...

I se puso pálido, en seguida rojo; el bigote ancho i espeso, le temblaba bajo la nariz abierta, palpitante.

Uno que lo vió me decia:

—Iracundo i pensativo, estaba hermoso; pero daba miedo.—Si la guerra tiene sus sirenas encantadoras i atrayentes, ellas debian tirarle la casaca para que se quedara ahí, al lado de ese hermoso viejo que acababa de hablar como un héroe.

Don Manuel Montt, siempre con su calma, volvió a acercar su caballo, i apoyándose en su brazo, tornó a decirle en tono amistoso, pero severo:

—No es prudente, señor, que por pundonor militar comprometa Ud. la suerte de la República, resistiendo aquí.

Vidal quedó a cargo de la guarnicion de la Moneda, i Búlnes con don Manuel, sus Ministros, el Estado Mayor i Granaderos, tomando por la calle de Teatinos, se dirijieron a la Cañada.

Puede que al ponerse en marcha, bajo la triste impresion de la derrota i matanza de la Artillería, tuviera el Gobierno el propósito de replegarse a Melipilla, como algunos afirman que lo tuvo.—Pero échele Ud. un galgo a lo que resolvieron i se guardaron entre pecho i espalda aquellos hombres.

Mas dando que para Melipilla fueran, al llegar a la Cañada, debieron cambiar de opinion, sin duda alguna.

Abandonaban el campamento de la plazuela en la conviccion de que serian atacados de un instante a otro; que el enemigo se vendria sobre la Moneda con la aviada de su primer triunfo i reforzado por todos los que se agregan al éxito; pero en la Cañada, en las vecindades del Palacio, no se veia una alma i solo mirando hácia arriba, allá por la calle de San Antonio, divisábanse señales de algun tumulto,

I se oyeron tiros sueltos.

Luego una descarga cerrada.

¿Contra quién?

¿Seguia, entónces, el combate?

Empero, la jente en vez de correr para abajo, rumbo de la Moneda, se precipitaba hácia arriba, atraida por algo nuevo que ya no debia ofrecer peligro alguno; puesto que todos volaban a la curiosidad.

Sin embargo, la comitiva siguió su marcha.

En la plazuela de San Lázaro, Búlnes se detuvo, i el rejimiento, llegando hasta el callejon de Padura, que era la boca de la ruta de Valparaiso, vía Melipilla, contramarchó al tranco i vino a formar a retaguardia de su jefe—la espalda vuelta al polvoroso i triste camino de la fuga; pero siempre a la espectativa, de léjos, demasiado léjos de aquel combate tan desigual para los suyos.

Esta actitud tan estrañamente pasiva de los granaderos, fué un poderoso ausiliar para las tropas de la revolucion, i entre los mismos partidarios del gobierno, comentada en términos mui desfavorables.

El rejimiento habia peleado todas las batallas de la Independencia; sus soldados eran escojidos; su amor a Búlnes rayaba en idolatría i sabemos bien lo que se puede hacer de un cuerpo movido por tal resorte.

¿Qué habria sucedido si miéntras Arteaga i Videla fusilaban por la espalda al monton de cívicos, Pantoja con sus granaderos, a su v los sablea a ellos por el mismo lado?

Habrian barrido la Cañada.

Se habrian dado la mano con Maturana i éste desplegando en guerrilla sus artilleros i los ciento treinta i ocho Chacabucos, habria cambiado de postura, no como San Lorenzo en su parrilla, sino como aquel que mete debajo al que tenia encima.

La correteada que dió el rejimiento hasta la calle del Estado, regresando en seguida a toda prisa, al totoral de la calle de Morandé, sirvió únicamente para que el populacho le perdiera el miedo i el zambo Romero se alavara toda la vida de haberle derrotado él solo con el escopetazo que le disparó,—verdad que lo disparó de frente, i medio a medio de la calle.

—Mucho mejor, decian algunos, habria sido aceptar el plan que proponia Sarmiento.

Porque aquí les diré en confianza, que don Faustino que llegó a lo moro, de blanco albornoz, ofreciendo a Búlnes los servicios de su escopeta de dos cañones, luego le propuso formalmente, como idea salvadora, almacenar en la Moneda una punta de ganado, encerrarse en aquella i sostener el sitio hasta que no quedara cola de vaca ni de buei.

I de estas ideas salvadoras parece que hubo muchas semejantes por uno i otro lado.

XXXI

Acerca de estas peripecias de Búlnes, yo tuve despues datos mui exactos, de la mejor fuente posible—nada ménos que de boca del mismo Salgado, el cual, como les tengo dicho, era sombra, asistente, ayuda de cámara, mama i guardian del Jeneral.

Entre meterle una bota i otra, Salgado le hacia sus observaciones i ¡ai! del que se pusiera contra Salgado.

Una sobrina de éste acompañaba a mi tia, ahí lo veia yo con frecuencia, i él me contaba estas cosas, con esa viveza casi andaluza de la jente del sur.

Decíame que detenidos frente a San Lázaro, el Jeneral Búlnes, la cabeza caida sobre el pecho, sin oir lo que le hablaban, veia talvez a Maturana, entrando a Lima sobre una cureña i en seguida, sableado por su causa junto con su hijo.

De allí a poco, como a distancia de tres cuadras, se divisó un grupo de tres jinetes que avanzaban a trote moderado.

Detras de Búlnes un soldado dijo:

—El Coronel Maturana!

Búlnes, como picado por un aguijon, volvió la cara, buscando al que parecia burlarse de sus pensamientos.

Pero el roto tenia razon.—El grupo continuó avanzando i luego se vió al viejo Coronel, medio encorvado, descosido el traje, la cara renegrida, pero impasible.

Tan sereno como si viniera levantándose, i tan respetuoso i leal como cuando era Edecan de Búlnes.

No hai para qué decir que fué recibido cual un resucitado.

No solo estaba vivo, sino que ademas traia la victoria.

El granadero aquél habia confundido a Urriola con Maturana i lo demas lo habia imajinado sobre la matanza de los cívicos.

Porque así son las mentiras i los embusteros.

En pocas palabras,—pocas para todo lo que habia visto,—refirió Maturana la agonía i muerte de la revolucion:

—Seguro del todo dentro de su cuartel, con los trescientos hombres que tenia, fué sorprendido por la irrupcion de la columna de García: aquello habia hecho el efecto i los porjuicios de un rebaño atacado de espanto.—Oficiales i soldados entraban arrojando armas i uniformes. Se disfrazaban de paisanos.—Todo un Sarjento mayor habia votado su casaca en u pesebre.

Semejante espectáculo concluyó de conturbar a los defensores, firmes hasta ahí; pero ya mui impresionados por el cuadro de sangre que los rodeaba.—De todos los rincones salian lamentos. Se tropezaba con los muertos; los heridos se arrastraban hasta las caballerizas, en el patio de las mulas, para esconderse en la basura.—Se ahogaban en los albañales, en el afan de salir de aquella trampa que, a su parecer, luego seria escarbada a la bayoneta.

Mirando en pié los muros de la calle, en pié los portalones, los asaltantes no podian tener idea de los estragos que habian causado adentro.

Esas mismas viejas murallas, jaula que fueron de tantas lujurias, socavadas i podridas desde entónces,—se abrian a tajos, amenazaban caerse, estremecidas por las convulsiones de los mil cívicos que habian azotado contra ellas su agonía.

Del relato de Maturana parecia resultar tambien que, ademas de los dos cañonazos a metralla, disparados en la calle de Las Recojidas, Gonzales habia hecho otro desde el mismo zaguan, en el instante en que le pareció que la puerta cedia al empuje de los de afuera.

Segun los partes oficiales, las pérdidas del Gobierno en la Artillería eran de veintisiete muertos i ochenta i siete heridos en la media

hora que duró el combate; pero los cívicos muertos o heridos, fueron mal contados, porque muchos murieron o curaron a hurtadillas en sus casas.

Algunos hicieron subir a doscientos el número de ciudadanos caidos en esa riña tan a la chilena.

XXXII

¿En qué momento se esparció entre las tropas revolucionarias la muerte de Urriola?

Maturana no sabia decirlo; pero suponia que un soldado como Videla, debia haberla ocultado con empeño. Sin embargo, se supo; mas no hizo grande efecto en el Valdivia, desde que éste se batia por su cuenta i Arteaga habia ya entrado a reemplazar a Urriola.

Pero luego, cuando las ventajas obtenidas por ellos eran mas ciertas i visibles, advirtióse un desórden que no podia pasar inadvertido a los ojos de un peuco viejo como Maturana. Comprendió que algo minaba el suelo que pisaban los vencedores.

Las secciones de la calle de San Isidro i de la Bodega de Cueto, que eran las que habian peleado con mas vigor, cesaron el fuego. Veíase a los soldados rejistrarse las cartucheras i a las rabonas rebuscar por el suelo.

No cabia duda de que las municiones habíanseles concluido. Este era solo un accidente; pero por otro lado se vió que un Valdivia, a quien Videla queria hacer salir de su escondite, se fué sobre él a bayoneta calada, i si no

es por el cabo Juan de Dios Vega, allí lo clava contra la pared.

En la boca-calle de las Claras ocurria al propio tiempo otro suceso tan revelador como infame.

¿Recuerdan Uds. que en el momento de salir el Valdivia de su cuartel, el sarjento Fuentes disparó un pistoletazo contra su compañero Ramon Henriquez porque trataba de inducir a la tropa a no sublevarse? Henriquez fué engrillado i en seguida puesto en libertad a ruegos del teniente Huerta, que lo afianzó con su palabra.

Pues bien: el fuego raleaba en la trinchera de las Claras; despejado el frente de enemigos, los soldados buscaban sobre quién descargar los tiros sobrantes.

Henriquez se acercó a Huerta, que mandaba el grupo i afirmando la boca de su fusil en la espalda del teniente... disparó atravesándolo de parte a parte...

¿Qué determinaba semejante disolucion en tropa tan veterana?

Tras de la noticia de la muerte de Urriola, acababa de difundirse la de que el coronel Arteaga, miéntras aquélla se batia, habíase retirado del combate i montado en ancas del caballo de un policial para refujiarse en la Legacion de Norte-América,—lisiada desde entónces de tales ingratos percances.

Esplicándome este hecho, Vicuña me decia:

—Arteaga hizo lo que un jeneroso transeunte que ve ahogarse a un prójimo. Echóse resueltamente al aluvion, forcejeó un instante; pero cuando los espectadores de la orilla le gritaron que el prójimo era cadáver, buscó su propia salvacion en la opuesta.

—Esta es linda!—esclamaba un Valdivia, dando contra el suelo su fusil.—Se van i nos dejan. Mejor estábamos en el cuartel.

A favor de estos indicios, los jefes del Valdivia que acompañaban a Maturana, salieron por la puerta atravezada, i divisando un grupo de soldados que erraba a la ventura, hiciéronle señales de amistad.

Recelosos de primera, fuéronse acercando poco a poco hasta que el corneta Chegres reconoció a Barbosa i corriendo a su lado, púsose a tocar la llamada guerrillera del Valdivia, lo cual atrajo a muchos dispersos.

En vista de este resultado, Maturana resolvió jugar la carta de su propia persona, i al efecto dió órden de abrir la puerta de la Cañada.

Al ver este camino abierto, Fuentes que asesaba en el suelo de cansancio, tornó a pararse, logró juntar unos setenta Valdivias i con ellos se precipitó al asalto final.

Muchos presenciaron esta suprema i heróica intentona. Jadeantes invadieron el zaguan; los

fusiles preparados; negras las bocas, como si vinieran de comer maqui, de tanto morder cartuchos i escupir pólvora, buscando con la vista estraviada de los locos, sobre quién disparar la última bala.

Allí se encontraron de manos a boca con Maturana, que salia al frente de los oficiales del batallon sublevado.

Estos se adelantaron, gritando:

—¡Viva el Valdivia!—¡Todos somos hermanos!

Pero los gritos murieron ante la espresion de ferocidad, pintada en aquellas caras.

Revolcados, sucios, ennegrecidos por la sangre i la pólvora, parecian de verdad asesinos embriagados por la matanza.

Detenidos unos i otros por la sorpresa del inesperado encuentro, solo dos hombres avanzaron de frente, cruzados los rayos de sus miradas cual dos aceros toledanos:

Maturana i el Sarjento Fuentes.

Despues de tanta sangre, ahí estaban ahora cara a cara, el gobierno i la revolucion, la victoria o la derrota, pendientes del éxito de ese duelo supremo, de hombre a hombre, entre un Coronel i un Sarjento, ámbos iguales; porque ámbos encarnaban allí su causa.

Fuentes sacaba la cara por todos los fugados i traidores. El no combatia por promesas de nadie: jugaba su vida por sus principios.

—Me quedé frio, señor, a la vista de aquel hombre! —decia injénuamente Maturana a Búlnes.

I Maturana no tenia siquiera su espada en la mano; porque la llevaba al cinto.

En cambio, Fuentes empuñaba su fusil preparado.

Mas no era el acero ni arma alguna de muerte, la que habia de vencer a ninguno de esos dos jigantes.

Al Sarjento lo venció el Coronel; al soldado la disciplina; al hombre las canas i las glorias de aquel héroe lejendario, qne un dia fuera sarjento como él, i a quien habia aclamado en mas de una ocasion sobre el campo de batalla, en la embriaguez jenerosa de los triunfos por la patria, en suelo estraño.

I Fuentes dejó caer su fusil, i en seguida se le cayeron los propios huesos, tras de doce horas de lucha.

I el perro bravo i leal de la revolucion, se dejó encadenar mansamente, rendido por el cansancio.

Pero quedaban otros dos invencibles.—Cuando todo parecia terminado, oyóse de nuevo el toque de degüello: cran Pantoja i Videla que se lanzaban con sus fieles a completar la que imajinaban victoria de Fuentes.

Pero Fuentes estaba ya con grillos!

A su vista, retrocedieron gritando:

—Traïcion! Traicion!

Mas no habia tal traicion, i de todos los redentores, Fuentes seria el único crucificado.

Maturana subió a caballo i corrió a la Moneda, donde no encontró al Presidente.

I él era el que iba con la victoria, cuando a tres cuadras lo reconoció un roto con la vista de los *huasos*.

Los granaderos entraron, entónces, en accion, cazando a los dispersos i sospechosos.

Despejada la muchedumbre, se pudo ver en parte los estragos de la lucha.

Ocho hombres del pueblo, entre ellos un niño, habian muerto en la Cañada.

Contado el Valdivia, resultó con catorce bajas en la calle i cinco dentro del cuartel.

En cuanto a los cabecillas, la mayor parte se salvó por la casa de don Isidoro Herrera.

De ahí huyó Bilbao vestido de fraile.

Pasando a la casa de doña Magdalena Ureta de Valdes, Pantoja fué a parar al convento de San Agustin, donde lo recibieron con esa cordialidad que siempre ha habido, acaso por la lei de los contrastes, entre los militares i los frailes.

El provincial Ortega que le cedió su celda i sus hábitos, referia despues que Pantoja se habia afeitado las patillas con la mayor serenidad del mundo; se caló los hábitos i... diz que en la misma noche, en rueda de frailes, salió a

la Iglesia i ayudó a los responsos que la comunidad entonaba sobre el cuerpo de Urriola, al cual velaban en la nave mayor...

Ugarte i Carrera se refujiaron en la calle del Cármen, en una chacra que arrendaba este último i en la tarde salieron mui frescos en birlocho para el sur.—En Talca los detuvo el coronel Porras, cuando se hacian pasar por negociantes de ganado.

Lillo se paseaba en la Cañada en la actitud de un curioso cualquiera, cuando Baquedano, que era su compadre, se desprendió de la compañía que mandaba para hacerlo escapar por la calle de San Isidro, donde lo escondió Juan Las-Heras. Se hicieron muchos arrestos i se cometieron algunas tropelías de cargo a ese celo indiscreto de los ajentes subalternos, tanto mas exajerado cuanto mas baja i servil es la mano en que cae una autoridad de ocasion.

En la misma mañana, miéntras duraba el combate, se allanó la casa del Coronel Urriola para buscar a su yerno don Anjel Prieto i Cruz. La esposa de éste, la jóven señora doña Clarisa hacia pocos momentos que habia recibido en pleno corazon el anuncio de la muerte de su padre.—Asomada a uno de los balcones, llena de angustias, pidió noticias a un grupo de soldados que pasaban en derrota.

—¡Que mataron a Urriola!—contestaron éstos sin sospechar que hablaban con la hija.

XXXIII

¿Qué mas puedo contarles de este famoso 20 de abril?

Que a las doce del mismo dia i a son de cornetas i entre vivas del pueblo, llevaron al Valdivia de la Artilliería a la Moneda; i de ahí a su cuartel, donde lo disolvieron, formando en su lugar al Buin, a los tres dias cabales, en cuya fecha hubo con los policiales una de Dios es Cristo en la caja del Mapocho.

Que el 22 fué sepultado Urriola en el Cementerio Jeneral donde Juan Bello pronunció un discurso, que determinó su destierro a Lima.

Que Aníbal Pinto, Juan Pablo Urzúa, Pedro Leon Gallo i Juan Agapito de la Barra, recojieron como dieziocho mil pesos en suscriciones para auxiliar a las familias de los cívicos caidos en el combate.

Que no hubo saqueos, ni delaciones ni mezquinos rebusques de papeles.

Que el proceso contra los paisanos se llevó con jenerosa lentitud.—Algunos de los comprometidos, como José Miguel Carrera, escaparon de la cárcel con la tolerancia del gobier-

12

no.—A los sarjentos del Valdivia se les siguió causa por separado; se indultó a todos, ménos a Fuentes, a quien se fusiló en el Tajamar arriba.—Segun me dijo Salgado, no habia obtenido indulto por haber hecho fuego personalmente contra su capitan Basilio Urrutia.—Fuentes se portó como un bravo; la pagó por todos i murió sin echarle la culpa a nadie.

I como en prueba de que era hijo de tigres, cuando el jeneral Cruz, poco despues, alzó bandera contra el Gobierno, se le presentaron un dia al campamento dos viejos que venian de lejanas montañas.

Iban a pedirle venganza.

Eran los padres de Fuentes.

El mismo dia, Búlnes envió a Baquedano al Hospital i a las casas en que se sabia se curaban oficiales o soldados revolucionarios, para darles a su nombre la seguridad de que no serian perseguidos. Esto me consta por una carta que voi a darte.

La conservo en un marco i quiero obsequeártela.

—Yo iré, abuelito,—dijo Beatriz.

—Nó, respondió mi amigo: esto me servirá para estirar las piernas.

Oí perderse el ruido de sus pasos en las habitaciones interiores.

La suave luz de la lámpara se reflejaba sobre la pelusita rubia de la nuca de Beatriz,

como rayo de sol sobre un campo de trigo.

—¡Un millon de gracias!—Me dijo ella. Esta es una noche inolvidable i feliz para mi querido viejo.—Ha vuelto a vivir su juventud!

Don Panchito volvió.

XXXIV

—¿I lo demas, don Panchito?

—Eso, me contestó,—no tiene ya interes ninguno.

—Pero no nos dijo Ud. al principio que esto seria a modo de novela? I la novelita de Ud. con Ema i Beltran?

El viejo suspiró. Los lances de la batalla habíanlo llevado bien léjos del ave que le cantaba en la calle de San Pablo.

—Ah, sí! esclamó.—I ya que lo exijes te lo diré en un verbo.

Cansado de buscar a Beltran, me dirijí por la Cañada abajo a fin de pasar por su casa. Al enfrentar la patagua que habia a un lado del paseo, por ahí donde ahora está la estátua de O'Higgins, me alcanzó un muchacho para decirme que un caballero me llamaba. I el chiquillo agregó de su cuenta, confidencialmente:

—Está herido, señor!

Era Beltran. Apoyado en la hermosa patagua, la última de su raza que quedaba en antiago, ya triste i amarillenta como una prinsa araucana desterrada de los suyos,—Bel-

tran habia tenido un lijero desvanecimiento a causa de la sangre que perdiera. El niño aquel lo habia socorrido, pasándole agua en su sombrero.

Pensar en ir a su casa o a la mia era entregarnos.

—Imploremos la caridad de tu Ema!—me dijo.

En medio de la natural alegría de volver a verla, esperimenté cierta cortedad a la idea de presentarme sin herida alguna. Pero luego me dije:—¿Cuándo se ha visto que mueran todos los que combaten?—I en el fondo sentí la infinita satisfaccion de estar vivo i de no haber privado a nadie de la misma felicidad.

En viaje a casa de Ema, Beltran me contó sus peripecias.—¡Qué habia de dar con él!—Durante todo el combate habia combatido al lado de Gutierres, en la boca-calle de San Isidro, adonde no se acercaban mas que los cascos de granada i las balas de la artillería. Allí fué herido en un brazo; pero tuvo la suerte de que al caer lo recojiera una jóven que le pareció un ánjel bajado del cielo. Era doña Flora Tupper de Bianchi, que en persona andaba socorriendo a los heridos. En su casa habia instalado una ambulancia, donde curaron a varios, entre otros, a una pobre mujer, llamada Cárm[illegible] Iglesias, horriblemente herida por un trozo [illegible] metralla.

En casa de Ema nos recibieron como a hermanos.

Al cerrar la puerta vimos que el muchacho que socorriera a Beltran en la Cañada, nos habia seguido i estaba en la acera del frente con los ojos tristes, clavados en nosotros.

—¿Será espía? pensamos.

Las niñas lo hicieron entrar. Era evidente que tenia algo que decir; pero no se atrevia.

Al fin habló, tragándose sus lágrimas:

Su padre estaba tambien herido i oculto por nuestra misma causa; i su madre infeliz no tenia con que atender al que con su trabajo llevaba el pan cuotidiano de ese hogar desventurado.

Ema lloraba, sin ocultarse, a la par del niño, a quien pedia las señas de su rancho.

—¡Oh, Dios mio!—esclamé, ¿hasta a dónde va a rebotar esta piedra de las guerras fratricidas que hemos lanzado con el corazon lijero?

....

La herida de Beltran no era grave; porque la bala al pasar solo le habia mordido un bocado, aunque no mui chico. Aquellas balas eran como huesillos i ademas estaban oxidadas.

Ema no consintió que Beltran ocupara otra pieza que la de ella.—Para servir a Beltran, a mí me mandaba como a su sirviente.

—Sirva de algo!... me gritaba a cada rato. Me parece que la estoi oyendo!

Ellas avisaron en nuestras casas; trajinando a las oraciones, ellas nos servian de correo, i ellas por sus manos lavaban las vendas i la ropa ensangrentada, a fin de evitar todo percance.

La voz del pobre viejo, se iba debilitando. Acaso mas de un sollozo aleteaba en su corazon.

—En fin, en fin,—añadió, desechando penas:

Habiendo obtenido unos realitos que me permitieron establecerme con lo bastante para dos que se quieren sin cobardías, a los tres meses se casaba Numa con Pompilio.

Vivimos juntos largos años que nos parecieron mui cortos: tuvimos muchos hijos, como Dios manda; despues vino i tornó la muerte, como zorra cebada en mi ato i de uno en uno... hasta que me dejó solo... solo con esta flor nacida entre tantas tumbas!...

XXXV

Tal es, punto por punto, lo que me refirió hace algunos años, mi querido amigo, Don Francisco Sandoval, a cuya memoria consagro este recuerdo.

